

Universidad de Chile  
Instituto de la Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo



**Memoria para optar al título de Periodista**

**Héctor y la odisea del cadáver de Víctor Jara**

**Alumna: Manuela Camila Beltrán de la Fuente**  
**Profesor guía: Gustavo González Rodríguez**

**Septiembre 2010**

## Índice

Capítulo 1:	Romerías de desagravio / “El derecho de vivir en paz”	3
Capítulo 2:	Héctor / “Mis manos son lo único que tengo”	14
	➤ Sábado, 15 de septiembre	15
	➤ Domingo, 16 de septiembre	25
	➤ Lunes, 17 de septiembre	36
	➤ Martes, 18 de septiembre (parte 1)	43
Capítulo 3:	Joan / “Paloma, quiero contarte”	51
Capítulo 4:	Héctor y Joan / “Juntos iremos unidos en la sangre”	62
	➤ Martes, 18 septiembre (parte 2)	63
	➤ Romerías de agravio	75
Epílogo / “Vamos por ancho camino”		84
Un cierre personal		97
Agradecimientos / Dedicatoria		100

## **Capítulo 1:**

**Romerías de desagravio / “El derecho de vivir en paz”**

El Galpón Víctor Jara albergó un velorio durante dos días y la gente hizo eternas filas para poder entrar. Todos querían darle el último adiós a la leyenda. Durante 36 años hubo una deuda pendiente con la memoria de Víctor Jara y el pueblo chileno se desquitó de no haber podido despedirse materialmente. Fue una partida demasiado abrupta y oscura, y a pesar de que hubo un funeral simbólico el año 1998, aún faltaba algo. Un desenlace mortuorio, un descanso para el fantasma de Víctor. Su recuerdo está tan presente en el corazón de los chilenos que una parte de él permaneció en un purgatorio, en un limbo de infamia que por mucho tiempo fue la misma tierra chilena. La única solución a una muerte tan terrible fue hacer una ceremonia, una liberación espiritual de magnitudes similares. Víctor no murió solo, murió entre cinco mil personas cuyos fantasmas también siguen deambulando las calles de Santiago de Chile y del país entero. Su liberación, la ceremonia de Víctor debía tener una carga inversamente proporcional a su muerte.

Durante los primeros días de diciembre del año 2009, desde el jueves 3 hasta el sábado 5, el Galpón Víctor Jara ubicado en calle Huérfanos 2146 frente a la plaza Brasil, tuvo sus puertas siempre abiertas. Lo que suele ser el espacio de esparcimiento y entretenimiento de la fundación del mismo nombre, era en aquellos días un velorio. Pero no un velorio cualquiera, un velorio póstumo y masivo que nunca tuvo connotación fúnebre. Más bien era un enorme homenaje, en el cual la consigna era “Víctor Jara Vive”.

Una larga fila de personas esperaba a las afueras del Galpón, pegadas al muro, las guiaba una rejilla que ordenaba la fila, avanzaban lentamente esperando su turno de entrar y rendir homenaje al cantautor. Al ingresar, la luz que afuera hace hervir el día, se desvanece e ilumina como un foco el centro del recinto, donde se encuentra el cuerpo de

Víctor. El ataúd en el que descansa es el mismo que 36 años antes su esposa Joan, con la ayuda de dos hombres, consiguió apresuradamente para enterrar clandestinamente el cuerpo de su marido.

El ataúd fue restaurado en esta oportunidad, por la hija mayor de Víctor y Joan Jara, que es bailarina y aficionada a la carpintería. Manuela se había iniciado en este oficio artístico como una terapia particular, cuando la atacó el cáncer al útero y tuvo que pasar muchas horas de rehabilitación fuera del país. El ataúd, que seguramente resultó en un luto personal, fue restaurado desde julio a diciembre del 2009, mientras el cuerpo de su padre permanecía en análisis de exhumación. Antes de cerrar el féretro, los restos de Víctor Jara, fueron cubiertos por una manta mapuche multicolor, tejida por Angelita Huenumán, una importante tejedora mapuche, que Víctor conoció en uno de sus viajes al sur y a quién le dedicó una canción.

El cofre yacía solemne en medio del Galpón, con la elegancia tibia de la madera oscura y madura, y a sus pies un poncho. El poncho negro de Víctor con decoraciones indígenas de color rojo. El mismo que vestía en sus recitales y en una de sus últimas fotografías: Aquella donde aparece al borde de un acantilado en Machu Picchu, con su guitarra en mano y su poncho al viento.

Y mientras la fila avanzaba una persona gritó y repitió varias veces: “¡Compañero Víctor Jara! ¡Presente! ¡Ahora y siempre! ¡Hasta la Victoria! ¡Siempre!” Y es verdad, sobre todo en aquel lugar. El Galpón Víctor Jara ha estado cargado siempre de su aura e inspiración, manteniendo su espíritu vivo. Al avanzar al lado de su cuerpo, vuelan flores y

se posan sobre la madera del féretro y a los pies de este. También las hay en los arreglos florales y coronas a los costados, que recuerdan y homenajean a la Universidad Técnica del Estado (UTE), la Fundación Víctor Jara y el Comité Central del Partido Comunista.

Luego llega el turno de los personajes connotados de rendir homenaje al cantautor. De a uno o en comitiva llegaban los políticos y artistas: el músico Ángel Parra, el cineasta Andrés Wood, el actor Erto Pantoja. También políticos como la ministra Carolina Tohá, el entonces candidato presidencial Jorge Arrate, el presidente del Partido Comunista Guillermo Teillier, la ministra de Cultura Paulina Urrutia.

El día viernes 4, la entonces Presidenta Michelle Bachelet también dio sus respetos al cantautor y realizó una guardia de honor al lado del ataúd. Luego, en un discurso en la calle se aferró a la consigna popular: “Víctor Jara vive en el corazón de su pueblo y el homenaje que hoy empieza a recibir Víctor, desde las personas más sencillas, artistas, cultores, cantantes de micro, artistas de grandes conjuntos, hasta me decían que un niño pequeñito había rendido también un gran homenaje, a nuestro gran poeta, cantante, luchador social, actor, un hombre tan integral, tan consecuente y tan coherente con los valores de la justicia social, los valores de la humanidad, los valores del respeto, los valores de la solidaridad, los valores de la justicia”.

Víctor Jara logró reunir a un espectro de gente que apunta a la misma construcción de un ser humano que la dictadura nunca logró erradicar. Sin embargo, la presidenta hace presente la otra gran razón de un homenaje tan significativo. “Hay muchas otras familias que también quieren descansar en paz y por eso es importante que sigamos avanzando en

verdad y justicia, para que Chile pueda descansar en paz”. El funeral de Víctor es masivo y el luto masivo que se hace por Víctor representa a toda la gente que murió con él.

La primavera se despedía y el verano apremiaba con 36° Celsius. Afuera del Galpón se agasajaban los días de otra manera, el alegre escenario puesto en medio de la plaza Brasil, era decorado con colores de murales impresos al estilo Brigada Ramona Parra y muchas imágenes multicolores de Víctor. Unos tras otros los artistas iban subiendo a tocar y una diversidad enorme de instrumentos llenaban el tibio aire de diciembre con sus melodías: Charangos, violines, quenás, trompes, trompetas, tambores, trutruacas, baterías, marimbas, bajos, muchísimos instrumentos, y por supuesto cientos de guitarras. El público a veces sentado otras veces bailando, aplaudía y coreaba entusiasta.

Durante el día también hubo presentaciones de la academia de baile “El Espiral”, grupo dependiente de la misma Fundación Víctor Jara y creada por la viuda del cantautor, Joan Turner y el difunto bailarín Patricio Bunster. La danza basada en la memoria y obra de Víctor fue un homenaje representado con absoluto relajamiento, confianza y expresivo desplante, pues los mismos bailarines eran los locales ahí. Sus espectadores estaban trepados sobre los bancos de la plaza, donde usualmente se ve a los bailarines en sus recreos y horas de almuerzo. Bailaron en el mismo suelo que pisan y donde ensayan todos los días y que Víctor mismo solía frecuentar. Los atuendos eran ligeros, un luto completamente blanco y saltarín, levantando polvo del piso con movimientos elásticos, agachándose y estirándose. Sus cuerpos eran la música en movimiento, música que, por cierto, era de Víctor.

## **El Funeral (sábado 5 de diciembre 2009)**

Miles de personas hacían irreconocible el amplio espacio que usualmente ocupa la plaza Brasil en el centro de Santiago. Los banquillos se transformaron en plataformas, los árboles en improvisados asientos en altura, las típicas esculturas de juegos diseñadas por Federica Matta, que se levantan como monstruosos toboganes en medio del parque, servían en aquella mañana del sábado 5, como platea alta para muchas personas. Todos los espacios de la plaza y la calle estaban ocupados, apenas había respeto por las flores y plantas que decoran el suelo de la plaza.

A eso de las 12 del día, comenzó a sonar una grabación que dejó mudos y retumbó en los corazones a todos los asistentes. Era la voz de Víctor Jara entonando “El Derecho de Vivir en Paz”. Mientras corría la canción, las grandes puertas del Galpón se abrieron, y el ataúd fue sacado a cuestras por un grupo de hombres, seguido de la familia y amigos. Cadenas humanas de muchachos con camisa color amaranto de las Juventudes Comunistas, resguardaban la romería oficial. Llevaron el cajón al carro fúnebre que lo conduciría hasta el cementerio. De a poco la procesión avanzó. Comenzó a paso lento por las calles de Santiago, bajo el sol inclemente que no cesó de brillar en todo el día. La hora de almuerzo, la más calurosa, encontró a la mayoría sin agua, comida o protector solar. Aún así la marcha nunca decayó, y como en toda concurrencia masiva en Chile, no faltaron los vendedores de todo tipo de refrescos.

En cada momento aparecía alguien que lanzaba un clavel y alguna flor sobre el carro que llevaba el cuerpo. Numerosas organizaciones se hicieron presentes llegando en



masa y avanzando ordenadas una atrás de la otra. O quizá no tan ordenadas. La romería fue encabezada por la escuela carnavalera Chin Chin Tirapié y una representación de las once agrupaciones Tinku, las que ejecutan danzas sagradas con las que se suelen sellar la paz entre comunidades enfrentadas en el altiplano. Nunca cesaron sus frenéticas danzas durante las cinco horas de procesión. Varios metros más atrás y bajo un silencio sepulcral, iba la carroza con el cuerpo de Víctor y justo atrás Manuela y Amanda Jara, las hijas de Víctor. A sus espaldas y a tranco firme, la viuda que a sus más de ochenta años marcaba el paso. Luego representantes del alto mando del gobierno y un sin fin de personas y agrupaciones se hicieron presentes en la marcha. Desde la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, pasando por los Ciclistas Furiosos, incluso Los de Abajo. Era un mar de banderas rojas flameando con diferentes insignias.

Desde la plaza Brasil hasta el Cementerio General en avenida La Paz, fueron cinco horas bajo el sol. Pasando por las calles Brasil, Compañía, San Martín, San Pablo, Morandé y General Mackenna, siguiendo por un costado de la Estación Mapocho, hasta tomar avenida La Paz, donde recibió el primer homenaje de las pergoleras. En todo ese trayecto los vecinos del sector salían a sus balcones y levantaban carteles de apoyo y lanzaban chayas multicolores. Pero sobre todo desde lo alto, las voces se unían también al rugido masivo que se desataba en cada canción de Víctor. Una furgoneta, cubierta y coronada en flores, emitía canciones por un alto parlante, coreadas todas por la gente, de principio a fin. Cuando más atrás en la marcha, quedaban espacios de silencio sin animación organizada, los tambores, música y bailes eran remplazados por las voces de los mismos vecinos que comenzaban a cantar. Las miradas subían a lo alto de los edificios y al mismo tiempo subían sus cantos y sus corazones. De manera espontánea, un rugido en contrapunto con la

música de más adelante o de más atrás. Una emoción cuya capacidad de despertar sentimientos viene sobre todo de la misma música. Despierta una memoria emocional colectiva, creada a partir de acordes y melodías comunes. Es la potencia del folclore. Era un ambiente sobrecogedor, en muchas ocasiones el llanto era incontenible. Muchos santiaguinos que acostumbran siempre ocultar la mirada detrás de los lentes de sol, tenían suerte de poder ocultar también su llanto.

Como es habitual en Chile, aunque pacífica la marcha, intimidadores policías estaban pendientes ante cualquier desmán que pudiese provocar algún alma intranquila. Pero su actitud vigilante y provocadora no alteró el espíritu de paz que reinaba en aquella marea humana. Por el contrario el ambiente se iba poniendo cada vez más sobrecogedor y al llegar a la Pérgola de las Flores, los vendedores recibieron a la comitiva con una lluvia de pétalos multicolores y centenares de participantes también aprovecharon de lanzar sus rosas sobre el coche fúnebre. Al llegar al Cementerio General, a un costado de este, otro escenario estaba puesto en la calle, y la cara de Víctor de telón de fondo. La romería culminó con grupo de Diablos Rojos entonando una versión orquestada y festiva de la canción “La Partida”, luego comenzó el acto solemne.

Joan arriba del escenario, se veía fuerte, sin la magulladura del cansancio. “Este extraño funeral de Víctor, 36 años después de su muerte, es un acto de amor, de duelo por todos nuestro muertos. Y sabemos que aquí entre esta multitud hay muchísimas familias que sufren el mismo dolor que sufrimos nosotros como familia”. Joan Turner comparte su luto y ofrece redención a las personas que sufren como ella, una muerte que ha durado de 36 años. El cuerpo de Víctor Jara fue enterrado cerca del nicho que lo albergó desde su

primer funeral, cerca también del patio 29 junto a todos los NN, víctimas de la dictadura, que perecieron junto a él. Pero esta vez se enterró en la tierra en un lugar nuevo, que albergará también la tumba de Joan cuando ella muera, para que puedan descansar los dos juntos siempre en paz.

## **El saludo de un amigo:**

Aquel mismo día, un amigo, un cantautor que se inspira en el legado de Víctor Jara, también quiso brindar homenaje al cantautor. Ese mismo día en España, se publica lo siguiente en el diario principal:

“Hoy entierran a Víctor Jara por segunda vez. Quien amó tanto la vida, 36 años después, vuelve a pasear su muerte.

A quien dice: dejad en paz a los muertos, les respondo: ¿están los muertos en paz? ¿Estamos en paz con ellos?

Desde los suburbios de Santiago, desde la falda de su madre, cantora, desde los sueños de su pueblo con los que aliñaba sus canciones, Víctor Jara, como Margot Loyola, Violeta Parra o Héctor Pávez, recopiló y revalorizó los cantos campesinos. Su profunda identificación con el pueblo fue casi mística. Como la Violeta, que le mostró el camino, vivió con ellos, se hizo piel y sangre de ellos para, desde el hombre provinciano, alcanzar lo universal y de forma irrevocable, con profundas convicciones, asumir su condición de artista comprometido.

Así fue hasta que acallaron brutalmente su voz el 16 de septiembre de 1973 y algo quedó truncado para siempre.

Hoy vuelven a enterrar a Víctor Jara.

A diferencia de la primera vez en la que Joan Turner, su mujer, depositó sin responsos, a escondidas, sus maltratados restos en un nicho del Cementerio General de Santiago apenas acompañada por un amigo y el funcionario que reconoció el cadáver en la morgue, serán miles los que estarán a su lado. Ahí se han de juntar los viejos compañeros de lucha, supervivientes de la dictadura y del exilio con muchachas y muchachos que han crecido llevando sus canciones en la boca. Habrá hijos de reprimidos pero también de represores. Llegarán obreros de las poblaciones y campesinos de los valles a unirse a los mineros que, oliendo a cobre, bajarán desde Calama.

Mujeres y hombres de toda condición irán de la mano recordando a Amanda.

Esta vez Joan Turner no caminará sola. A su lado marchará una multitud que, nadie lo olvide, 36 años después del crimen, sigue clamando justicia”.

Joan Manuel Serrat. España, 5 de diciembre 2009. Diario El País.

## **Capítulo 2**

**Héctor / “Mis manos son lo único que tengo”**

## **Sábado, 15 de septiembre**

Pasaron tres noches desde que Héctor Herrera Olgún no despertaba en su casa. Estuvo detenido en la Primera Comisaría de Santiago con varios de sus colegas, los acusaban de “fraude electoral”. Estaban pagando por una gira realizada en la Cuarta Región, durante los años sesenta, en la que hicieron una especie de reconocimiento civil. Desde Los Molles hasta el interior de Salamanca, fueron inscribiendo casamientos, nacimientos con los registros de bautizos, y también inscribieron a la población con derecho a voto en el registro electoral. Esto último fue lo que los perjudicó. Los comicios de la Cuarta Región resultaron en un amplio apoyo al presidente Salvador Allende. A pesar de que lo culparon de inventar identidades y de inscribir a menores de edad para que pudieran sufragar, el 14 de septiembre de 1973 Héctor fue liberado y obligado a presentarse al trabajo al día siguiente.

Llegó temprano al viejo departamento de Carnet de Identidad del Registro Civil de Santiago. Atravesó calles llenas de militares armados en un trayecto tenso en micro, desde Recoleta hasta el centro de Santiago. Ingresó al gran edificio público, cuya oficina se encontraba en calle General Mackenna. Atravesó sus pasillos como de costumbre, pasando junto al mural que él mismo había pintado con sus compañeros de trabajo. Se quedó mirándolo, estaba lleno de colores y símbolos revolucionarios. Héctor se detuvo a pensar todo lo que aquella colorida pared aún significaba para él. Recuerda la época en que su jefe, un hombre de apellido Jaña, tuvo la idea de pintarlo. El jefe era un demócrata cristiano y del tipo de hombres que debían tener perfectamente clara la posición política de todos sus colegas de trabajo. En el Gabinete no se compartía una sola postura necesariamente, pero se

respetaban mutuamente. Muchos trabajadores del Gabinete ayudaron en la obra, incluso el jefe, quién gustaba bastante de la pintura.

–Este mural es sobre la vida, el estudiante, la universidad, el trabajo, el futuro, todo por lo que nosotros luchamos– se escucha decir a Héctor, cuando recuerda aquellos días de principios de los setenta.

En esos días, era un joven de 23 años, un discreto militante de las Juventudes Comunistas que llegó el año 1969 al Gabinete de Identificación del Registro Civil. A pesar de que estuvo matriculado en la Universidad de Chile, decidió apoyar a su familia económicamente, ingresando al mundo laboral después del liceo. A su corta edad, ya había adoptado importantes responsabilidades como funcionario público y encargado sindical. Sin embargo aún estaba recién enfrentándose a la adultez cuando el golpe de estado lo tomó por sorpresa.

Su contemplación ante el mural se vio interrumpida cuando un ruido metálico de duras botas resonó en la oficina. Al ruido se sumaron alaridos y retos espontáneos. Al entrar Héctor se encontró con el director interino, un militar recién llegado, de pie arriba de una mesa. Inmediatamente y con agresiva autoridad, se apoderó de la atención de todas las miradas. Levantó su incisivo índice y apuntó “tú, tú, tú”, separando a una decena de personas sin decirles nada. Héctor fue uno de los seleccionados con el dedo, su primera reacción mental fue “me van a matar”, pero el militar se hizo entender oportunamente antes que cundiera el pánico.



–Se acabó la política aquí señores. ¡A trabajar!

Enseguida informó que los trabajadores de ese Gabinete habían sido elegidos como “voluntarios” para ser enviados en comisión especial al Servicio Médico Legal. La actividad en aquel lugar se encontraba desbordada, siendo necesaria la colaboración de los funcionarios del Registro Civil para realizar trabajos de identificación. El militar explicó vagamente la situación y terminó señalando que debían presentarse cuanto antes, ese mismo día sábado en la mañana. Todos estaban muy ansiosos y asustados, Héctor sabía que incluso hasta sus compañeros que apoyaban el golpe sentían temor. Sin embargo aunque fuera una obligación, los seleccionados se inscribieron sin chistar para el trabajo especial, probablemente lo hubiesen hecho voluntariamente de todas maneras.

La mayoría del personal en el Gabinete era femenino, y existía un grupo de mujeres mayores que trabajaba con Héctor que en particular llevaban bastante tiempo como funcionarias, más de diez años para el golpe de Estado. Héctor las reconocía como “momias”, pero amigas, “amigas así de esas que uno se hace en todas partes del Gabinete”.

–Es horrible, es horroroso, yo no voy– le dijo una de ellas.

La mujer le contó que ya habían estado trabajando en el Servicio Médico Legal. Héctor asumió que los militares las pasaron a buscar a sus casas durante los días de toque de queda. De ninguna otra manera ellas podrían haberle comentado de la actividad que ahora él mismo debía realizar. A pesar de que las actividades laborales se habían detenido por unos días, a causa del toque de queda, ya había numerosos procesos de identificación realizados. Incluso eran más fichas que de costumbre, algo completamente fuera de lo

normal. Héctor temió por lo que le esperaba, supo que sus colegas fueron delegadas porque “no servían” y se desmayaban frecuentemente. Él, siendo hombre, probablemente no tendría relevo.

El Servicio Médico Legal hizo el llamado porque ya no daba abasto. Todo estaba repleto. Los congeladores se habían llenado hacía rato y los funcionarios no alcanzaban. Generalmente esa labor era exclusiva de la institución, con dos o tres personas trabajando, se tomaban unas cuantas horas para la determinación de muerte de un solo cadáver, salvo en casos de homicidios u otras circunstancias judiciales. En tiempos “normales” al encontrar muerta a una persona, el Servicio Médico Legal esperaba 48 horas antes de hacerle la autopsia y luego depositaba el cuerpo otras 48 horas en refrigeradores. Se podía guardar mucho más tiempo, pero en términos legales ese era el procedimiento. Aunque por lo general, en casos de asesinatos por ejemplo, no existe la necesidad de identificar cadáveres, porque el Servicio Médico Legal espera la identificación por parte de la familia. Pero si no es posible esa individualización, se llama a la Policía de Investigaciones. Sólo en ocasiones muy especiales recién se recurre al Registro Civil. A ninguno en el Gabinete de Identificación le había tocado esta responsabilidad antes. Esta sí que era una excepción.

Cerca del mediodía, Héctor ya se encontraba en Avenida la Paz, en la actual comuna de Recoleta, en el pórtico del Servicio Médico Legal, mejor conocida como la Morgue de Santiago. Estaba ahí con el grupo de diez personas, todos los voluntarios se presentaron como era debido.

Los escoltan. Los identificadores no ingresan por la puerta principal, sino por un costado. Una puerta por el lado del edificio que daba a un estacionamiento. Primero atraviesan un pasillo estrecho y muy blanco, la temperatura está muy fría y aislada. El pasillo termina en una puerta al fondo. Sin ninguna sutileza la puerta se abre y se encuentran en una sala de grandes proporciones, abierta, que da a un patio, muy amplia en altura y profundidad. Aunque toda la mañana se lo habían prevenido, y a pesar que Héctor asumía que algo horrible estaba pasando, no pudo evitar su impresión. El estacionamiento estaba lleno de cadáveres, era el espacio suficiente para guardar muchas ambulancias, ausentes ahora para dar lugar a muchísimos cuerpos. Héctor no supo calcular cuantas personas sin vida tenía frente suyo<sup>1</sup>. Cientos de cuerpos, ordenados simétricamente en filas en las paredes y esquinas. A simple vista, se reconocen hombres, mujeres con niños, ancianos, y jóvenes, muchos jóvenes. El hedor era insoportable, de inmediato todos los recién llegados llevaron sus pañuelos o el cuello de la ropa a sus narices y así permanecieron, no había absolutamente ninguna medida de higiene, ni tampoco los previnieron que llevaran las propias.

Héctor quedó anonadado y muy afligido, pero no podía permanecer quieto, cualquier reacción podría parecer peligrosa, así que decidió asumir su papel de funcionario y se limitó a concentrarse en su trabajo. En principio todo el grupo tuvo una actitud de contar. Los cuerpos estaban alineados en filas de treinta a cincuenta personas. “Contar significa mirar, mirar caras, rostros y entonces ya llegó un segundo en el que yo no pude

---

<sup>1</sup> El número estimativo de trescientas personas muertas es algo que Héctor Herrera calcula 36 años después del suceso. El 2009 el juez del caso Víctor Jara le pide un número estimativo para que quede constancia en la declaración. “Estaba repleto de occisos, calculando unas trescientas personas, ordenadas simétricamente, sin diferenciar sexo y edad, porque incluso habían bebés, niños, mujeres y hombres adultos”. No obstante, en el testimonio realizado pocos años después del golpe, Héctor simplemente no se atrevió a dar una cifra.

seguir contando, porque empecé a fijarme en gente. Lo encuentro parecido a alguien, y uno empieza a fijarse en detalles ¿ve? No, no se puede contar una cosa así. No podría decir, si la Morgue se llenó yo no sé cuantos cadáveres realmente... Realmente no se puede hacer un cálculo”.

El jefe Jaña estaba con el grupo. Se veía muy confuso, muy nervioso. Su impresión era algo parecida a la del resto de los funcionarios. Un horror paralizante que fue finalmente superado y digerido a regañadientes, porque, después de todo, ellos estaban ahí para hacer un trabajo bajo el ojo de los militares. Jaña se limitó a dar instrucciones:

–De aquí para allá les toca a ustedes. Tómenles las medidas a las personas, el color de la piel, el color de los ojos, y después les abren los puños y comienzan a tomar las huellas digitales.

Héctor se sentía personalmente afectado ante la espantosa impresión. “Era ¡horrible! Y más para nosotros ¡pucha! La gente que éramos todos compañeros, de saber que toda esa gente eran compañeros nuestros. Cada una de esas personas era un compañero nuestro, era gente que una vez había saltado *el que no salta es momio*, y bueno, supóngase que ahí usted en ese momento se encuentra, da vuelta un pasillo muy blanco y de repente se encuentra con este espectáculo”.

–¡Pucha cabro, para ti debe ser terrible!– dice Jaña.

–No sólo para mí, sino para todos. Es siniestro todo esto.

Héctor apenas contestó, realmente estaba muy perturbado. Casi no hablaba. Estaba pálido. Aún así tuvieron que comenzar a trabajar. Al poco rato, Jaña volvió muy apurado, tenía que partir. Les dejó instrucciones a Héctor y al grupo de no moverse del lugar y seguir trabajando, hizo un gesto diciendo: “Qué vamos a hacer, nosotros aquí somos funcionarios. Nada más. Ni a favor ni en contra”. Pero ni la resignación ni nada consolaba el ambiente ingrato de aquella sala.

Veían caras. El grupo se enfrentaba a cientos de rostros repartidos por todas partes. Héctor comenzó a fijarse en detalles. Cómo estaban. Se impresionaba por el estado físico de cada uno. La mayoría estaba con los ojos abiertos, “la gente que mataron vio a aquel chileno que le disparó”, pensaba Héctor. Y todo el mundo con las manos empuñadas, muy empuñadas. Otros con las manos atrás amarradas con sus propias correas del pantalón y generalmente jóvenes. Muchos jóvenes que se notaban eran obreros por la vestimenta. Él simplemente seguía trabajando esperando no encontrarse con nadie conocido.

La situación de la Morgue era de completo desborde. Los refrigeradores y las salas de operaciones estaban llenos y al colmarse todos los contenedores, los pusieron en las orillas, No pasó mucho tiempo hasta que se llenaron los pasillos y hasta las escaleras. Tanto se colmó el lugar que los cuerpos fueron acarreados al estacionamiento donde llegó a trabajar Héctor y el grupo de diez. Ahí era donde los cuerpos llegaban en camiones, apilándose aún más. Fueron puestos biombos en las entradas para que desde la calle, no se viera lo que había del otro lado. “Como se concentró tanto cadáver en esos días en el Servicio Médico Legal, qué hicieron los médicos, dijeron, nosotros no podemos entregar estos cadáveres al Cementerio porque ya los tomó la burocracia. Entrando un cadáver al

instituto Médico Legal hay que identificarlo, saber quién es, lo que se sabe por su carta o carnet de identidad”. Héctor, conocedor de los trámites administrativos de identificación, sabía que si él no los ayudaba quizás donde acabarían. Evidentemente, ninguno de los cadáveres tenía documentos. Ninguno. Héctor se fijó hasta si llevaban anillos para descifrar algún nombre, datos, algo. Pero la mayoría de las veces, cualquier búsqueda de una pista era en vano. Hasta ese momento todavía no llegaba ningún familiar a buscar a su gente. “Claro, había toque de queda y no se sabía qué pasaba todavía: si el compañero cayó o no cayó o a lo mejor estaría en otra parte”.

El grupo se dedicó todo el día a tomar los datos de los cuerpos. Tenían unos formularios entregados por el Servicio de Registro Civil e Identificación, donde anotaban el número de ficha, la altura, color de piel, edad aproximada y las diez huellas digitales con tinta. Era una concentración de características físicas, tratando de salvar los últimos conceptos de identidad, sin saber realmente quienes eran las personas.

El atuendo y las facciones físicas daban la mayoría de las veces, una idea de donde provenía la gente. Obreros, estudiantes, mujeres con las uñas pintadas. Incluso en su propio cadáver, la gente puede revelar pistas de su quehacer. Una especie de quiromancia física que poco servía de registro oficial, pero que le daba a Héctor una idea de quienes podrían ser esas personas. “Ahí lo que era más chocante en esa gran sala, era que usted encontraba muchos cadáveres vestidos, semi vestidos, desnudos y unos destrozados. Gente que nosotros no pudimos identificar porque tenían las manos destrozadas o el rostro”, confiesa Héctor.

Había un grupo en particular que intrigó a Héctor. Una fila de gente muy joven, alrededor de veinticinco hombres y mujeres desnudos. Estaban apartados y lo que más los diferenciaba de los demás cuerpos eran sus cabezas rapadas. Estaban muy maltrechos, muertos de bala, como la mayoría ahí, pero ¿por qué ellos eran los únicos calvos?

Los camiones del ejército llegaban constantemente, cada vez con más cuerpos. Durante todo el día. El estacionamiento se repletaba, era el infierno en la tierra. Los conscriptos los traían y arrojaban los cuerpos al suelo. La gente del Servicio con algo más de delicadeza los recibía y acomodaba en cualquier parte del mismo estacionamiento.

–¡Llegó más mercadería!– gritaban los funcionarios de la Morgue.

Acostumbrados a trabajar con muertos, para los del Servicio no era ningún problema. Nadie más estaba aterrorizado como Héctor y sus compañeros. Ellos andaban con cuidado, tocando lo justo y necesario, esquivando la sangre que estaba regada por todas partes. Ellos no. “La gente que trabajaba en la Morgue es la gente más fría que yo he podido ver”, comenta Héctor. “¡Claro! Ellos pisaban por todas partes y venía un tipo así muy despreocupadamente, andaban haciendo su trabajo con su carro metálico, así se paraban, tomaban a uno y ¡pum! Lo echaban arriba, después tomaban a otro, lo sostenían por los pies, y lo echaban arriba y se los llevaban a la sala de operaciones”.

Héctor se acercaba cada cierto rato a los médicos del Servicio. Tenía que preguntarles cosas ya que a veces el formulario le resultaba incompleto y la causa de muerte era varias veces ambigua. Tres balas, cuatro balas, salida de proyectil... “Habían

cadáveres que realmente no podíamos determinar por qué estaban tan destrozados, no podíamos saber cuántas balas les habían tocado. O si les tiraron una bomba o una granada, porque era gente con la cara completamente destruida”. Pero para Héctor, más lamentable que el rostro, era no poder determinar identidades. Las manos, muchas veces Héctor se encontró con manos cuyas huellas eran indescifrables. “Me acuerdo de un señor que tenía las manos crispadas, no sé si se estaría afirmando o lo estarían persiguiendo, pero se notaba que trató de tomarse de algo, y le caería un proyectil, pero tuvo las manos muy destrozadas, fue un cadáver que nosotros no pudimos identificar, o sea un NN, o sea un desaparecido porque nadie lo puede ubicar después”. Héctor se convirtió en un verdadero decodificador de identidades, tratando de descifrar la vida y la muerte de cada uno, con las pistas que eran más evidentes.

Ese día cada uno de los funcionarios enviados, debió haber tomado los datos de alrededor de unos treinta cuerpos. Es decir entre todos en un día, abarcaron cerca de trescientas personas. Alrededor de las 16:00 horas Héctor se fue, el toque de queda empezaba a las 18:00 horas y era preferible no andar corriendo. Las fichas con que se anotaban los datos, fueron entregados a Jaña, quien por procedimiento administrativo debía pasarlas al servicio de Dactiloscopia para la identificación del NN, ya que todos los cuerpos llegaban en esa calidad, sin carné de identidad y sin objetos de valor.



## **Domingo, 16 de septiembre**

Aquel domingo, Héctor hizo turno. Todo era un verdadero caos en esos días y los militares no diferenciaban entre jornadas de descanso, aunque nadie lograría descansar con tanta tensión. Héctor llegó a Avenida la Paz cerca de las 10 de la mañana. Las calles estaban vacías, sólo en el interior de la Morgue seguía la misma intensa y cruda actividad del día anterior. Varios cuerpos habían sido trasladados, pero había aún algunos que desde el día sábado seguían en el mismo lugar. Héctor se puso a trabajar.

De nuevo las caras y de nuevo las manos, el tormento parecía no acabar. En el suelo yacían un grupo de mujeres, de “compañeras” para Héctor. Tomó la fina y pesada mano de una, bañó la yema de sus dedos en tinta y las presionó en la ficha. Tenía las uñas pintadas y estaba fría como la nieve. En esa desdichada labor estaba, cuando una voz con acento sureño lo llama.

–Héctor, ven. Tengo que decirte algo.

Era Kiko, un colega y compañero de Héctor del Departamento de Identificación del Registro Civil. Un chilote de 30 años en quién Héctor confiaba plenamente. Kiko lo toma por el brazo y lo aparta del cuerpo de la mujer que estaba reconociendo. Le habla de cerca, para que nadie más lo escuche.

–¡Héctor ven!

–¿Qué?

–Está allá un compañero nuestro.

–¿Quién?

–El compañero Víctor Jara...

–¿Qué? No, no. No puede ser.

–Sí.

–No. Pero, ¿Cómo cayó?

–Mira ahí está.

Juntos, se apartaron hacia el lugar que indicaba Kiko. Héctor estaba pálido igual que el día anterior y Kiko lo notó.

–Pucha, Héctor, tienes que ser más fuerte – lo animó Kiko.

Atravesaron un pasillo largo con centenares de cadáveres en una sección asignada a Kiko para identificar. Había mucha gente joven, Héctor divisó varios hombres que vestían uniformes de obreros. Asumió que los demás debían ser de la Universidad por su aspecto juvenil. Era una sola corrida de 30 personas, el que indicaba Kiko era el cuarto.

–¿Ves que es él?– aseguraba Kiko, insistiendo.

–No. no es nada.

–Si se parece.

–Se parece, claro... Pero está tan golpeado.

Tenía los pómulos hinchados, uno bastante moreteado. Al parecer, llevaba cuatro o cinco días muerto. Estaba de espaldas. Llevaba una chaqueta común, pero le quedaba estrecha, y la tenía levantada por la espalda. Vestía una camiseta azul con cuello redondo de rayitas blancas, de esas líneas tenues que se pierden con la mirada. La chaqueta y la camiseta estaban levantadas completamente hasta la altura de las axilas, dejaba todo el pecho al descubierto. A sus blue jeans le habían bajado la bragueta y se le veía el calzoncillo azul marino. Tenía los pantalones puestos todavía y los zapatos y calcetines negros. Su cabello estaba apelmazado de sangre y tierra.

El pecho descubierto mostraba la mayoría de las profundas heridas que le habían inferido de frente. Desde el pecho al estómago tenía un gran agujero, destruido, ametrallado, cada impacto de bala con un intervalo de uno a tres centímetros, en la posición en que estaba. Tenía una herida en la frente y sus ojos, si bien estaban serenamente abiertos, su mirada era desafiante.

–Le dieron duro– exclamó Héctor luego de observarlo.

–Tienen que haberlo rematado después de muerto– observó Kiko.

–No me parece que fuera él – reiteró Héctor incrédulo.

–Sí, es él, fíjate bien– dijo el chilote.

Muchas veces Héctor lo había visto en el teatro Caupolicán cantando en vivo, en televisión y en presentaciones. No se parecía en nada a la imagen que él tenía de Víctor Jara. Simplemente no era la persona que él había observado, aunque la verdad nunca tuvo la oportunidad de estar cerca de él. Lo había admirado siempre, “como compañero que

cantaba muy bien”, pero Héctor sólo lo identificaba por las fotos. Así, golpeado como estaba, nadie podría ser reconocido. Realmente no creía, ¿Era posible que ese hombre maltrecho fuese el alegre y brillante trovador que había escuchado tantas veces en peñas y conciertos?

–Sea quien sea, lo tienen que haber arrastrado, porque, mira, su pelo está lleno de tierra, apelmazado– observó Héctor ante el cuerpo que tenía enfrente.

–¿En que parte lo habrán encontrado que está así?– preguntó Kiko.

–Fíjate en la muñeca, ahí aparece.

La mayoría de los cuerpos tenían una marca, un papel amarrado con una cuerda de cáñamo o un alambre en el que se señalaba “procedencia”. A cada cuerpo que llegaba en los camiones, los funcionarios del Servicio Médico Legal ponían tal marca antes de ingresarlos a la Morgue. El cartón podía indicar tanto el lugar de muerte o el lugar de Santiago donde fue encontrado el cuerpo. Todo era muy confuso, poco preciso o a veces ambiguo. Al tomar la mano de Víctor, el pedazo de cartón mal cortado decía “octava comisaría”.

–¿No debería decir “Universidad Técnica” o algo así?– preguntó Héctor.

–No sé. Quizás dónde lo encontraron.

Según Héctor, la Octava Comisaría correspondía a la comuna de Santiago, hacia el lado de San Diego, sin embargo la actual pertenece al sector de Colina. Pero nada de lo que aludiera a la procedencia era de fiar, estaba claro que el criterio no era riguroso en esa

caótica morgue, cualquier causa real era un misterio. A juzgar por el aspecto, aquel cuerpo tuvo que haber estado en un lugar con mucha tierra.

La única manera de cerciorarse de que efectivamente era Víctor Jara, como aseguraba Kiko, era el reconocimiento por medio de las huellas dactilares. Para esto tendrían que abrirle las manos que, como todos los cadáveres, las tenía muy agarrotadas. Sus manos eran realmente muy grandes y les costó bastante desplegar sus dedos. Estaban muy fracturadas. A juzgar por los grandes moretones y los nudillos quebrados, “o lo pisaron o lo golpearon con algo muy fuerte”.

Si esperaban que la burocracia lo tomara en su registro, sólo bastaba una llamada telefónica y algunos minutos para que los altos mandos supieran que Víctor Jara se encontraba ahí y eliminar el cuerpo. Les tardó un buen rato abrir las manos de Víctor. “No hay duda que con algo le pegaron o lo pisaron con botas”, recuerda Héctor, “y tuvo la fuerza de realmente, en un gesto de protesta, yo pienso, de indignación, de impotencia de apretar firme sus manos”. Impresas quedaron diez huellas de aquellos dedos quebrados.

Para salir de la duda, anotaron de manera oculta el número de ficha y sus características físicas. En ese momento Kiko y Héctor se comprometieron a no decirle a nadie lo que acababan de ver y hacer. Dejaron el cuerpo en el mismo lugar, sin que nadie lo volviera a tocar. Luego continuaron todo el día realizando el trabajo que le correspondía a cada uno. La ficha la guardó Héctor con los datos obtenidos del cuerpo que a estas alturas presumía era de Víctor Jara.

Mientras veía a otros cuerpos, Héctor no cesaba de pensar en cómo lo haría para identificar el cuerpo en la oficina sin que nadie lo notara. De a poco fue pensando en un plan y eligiendo mentalmente a las personas que involucraría en su pequeño secreto. Debían ser personas de absoluta confianza, ya que no podía correr ningún riesgo, cualquier información a estas alturas podría ser perjudicial para cualquiera, seguramente acusado de conspiración, traición a la patria o cualquier excusa para convertirse en uno más de los seres sin vida que, sin saber muy bien cómo, llegó a identificar.

Tenía una idea clara del trayecto y el procedimiento que tendría que hacer. Las huellas darían una clasificación numerada, cuyos dígitos proporcionarían una sigla. Esa sigla se ubicaría en una sala llena de cajones, donde sacaría una tarjeta. Por uno de los lados de esa ficha, sin proporcionar nombres, se revelarían los números que proporcionan las huellas. Luego esos datos recientes se comparan con los datos de archivo, guardados desde cuando la persona fue muy joven a sacar por primera vez su carnet de identidad. Si eran exactamente iguales, recién en ese segundo, se daría vuelta la ficha que por el otro costado revelaría el nombre de la persona. Y no habría duda.

Héctor se sintió más nervioso de lo que estaba hasta entonces, pero no dejó que sus ansias le ganaran. Apartó su mente del asunto que intentaría resolver al día siguiente, en ese momento ya no podía hacer nada. No quería aceptar que Víctor Jara estuviera muerto, pero a la vez se estaba haciendo cargo y guardando la ficha en el bolsillo interior de su chaqueta. Acordó apartarse rápidamente de Kiko, porque los dos sabían que habían pasado juntos demasiado tiempo, impresionados, emocionados y tristes. Emociones prohibidas en ese momento.

–Lo vamos a verificar con la ficha– le susurró a Kiko –Y ahora vuelve con tu grupo y no nos hablamos más ¿me oíste?

Se separaron. Héctor comenzó a caminar hacia su lugar, pero antes de que pudiera llegar al pasillo que lo llevaría hasta su sección, se encontró frente a frente con un médico cabecilla del Servicio Médico Legal. Héctor, en un segundo, repuso su rostro de tristeza en una mueca estándar, sin emoción alguna. Adoptó su papel de funcionario y comenzó a hablar, preguntando cualquier instrucción que ya sabía.

En medio de su habladuría nerviosa divisó nuevamente al grupo de rapados del día anterior. Seguían desnudos en el mismo lugar. La intriga aún lo consumía y prefirió salir del paso con una pregunta legítima, aunque sabía que si se mostraba excesivamente interesado, podía parecer sospechoso. Era mejor dejar que el médico hablara por él, pasar por inocente y aprovechar de sacar algo de información.

–Estos están pelados para la autopsia ¿no?

–No, llegaron pelados. Los pelaron al cero donde estaban, para diferenciarlos de los chilenos –dijo el médico

A Héctor el comentario le sonó muy racista. Pensaba en muchas comparaciones con el régimen nazi y el holocausto, “pelar al cero, denigrante total. Tú eres nada”. Héctor no quedó conforme, sabía que después de la identificación, los cuerpos pasaban a la autopsia, así que siguió preguntando ingenuamente.

–Se va a aprovechar el cerebro, por eso están calvos ¿verdad? Tanto trabajo que tienen ustedes ¿Van a sacarle todo para que el cadáver se mantenga más tiempo, por eso mandaron pelarlos?

–No, no, no –decía el médico –si esa gente llegó pelada.

–¿Al cero?

–Venía pelada.

–¿Entonces pero cómo?

–Claro. Si los pelaron los militares.

Héctor pensaba que debía aprovecharse de su aparente ingenuidad, para ganar la confianza del médico. Él sabía que lo veía como un funcionario público, alguien que no sabe nada de los trámites de la Morgue, y si hacía las preguntas adecuadas, seguramente le revelaría más información.

–Venían pelados porque los mataron pelados y son... gente extranjera.

–¿Extranjeros?

–Sí, no se moleste en identificarlos porque va a tener problemas para encontrar la ficha. Son gente extranjera, argentinos, uruguayos, brasileros.

Ese día Héctor llevó mascarilla blanca igual que el médico. Frente a frente, ambos con la boca tapada, sus miradas resaltaban. En medio de la Morgue, ahí entre cadáveres que les absorbían la vida a ellos también, Héctor divisó un caso particular entre los extranjeros.



Había una mujer en particular dentro del grupo que estaba con un niño. Este debió tener no más de dos años de edad.

–¿Qué pasó ahí? ¿Por qué ese niño? – preguntó Héctor.

–Seguramente esa señora iba arrancando, o la llamaron y abrió una puerta, salió con su niño, le dispararon y la misma bala del niño le llegó a ella porque es la misma posición ¿Ves? Tiene la misma trayectoria.

–Por eso están juntos– suspiró Héctor despechado.

–Sí y del niño no se molesten en identificarlo, porque no hay huella de una guagua, no hay huellas. Y de guagua extranjera menos. No tomes las huellas de esos, no vale la pena, ya están listos.

Fue el único infante que vio en ese horroroso lugar, por suerte no encontró más. El médico caminó con él y le siguió dando instrucciones. Qué grupo de cadáveres ya estaba identificado, cuál no, qué orden debían seguir los funcionarios al identificar los cuerpos, para que después no se armara un lío entre cuales estaban registrados y cuales no. Los médicos tenían que trasladar pronto a la gente identificada, los iban sacando constantemente, porque más gente iba llegando. Héctor finalmente logró volver a su sección sin más contratiempos. A su alrededor algunos funcionarios estaban agachados, otros caminando con sus mascarillas blancas, ninguno parecía haberse acercado al grupo de los calvos, ni tampoco ninguno extrañó su ausencia. Siguió fichando las huellas de sus compatriotas asesinados, esperando no encontrar a nadie más que conociera.

Héctor terminó ese día con una tráfuga ficha entre sus pertenencias, acto completamente ilegal, ya que todo el registro debía ser entregado a su jefe al fin de cada jornada. La ficha número 86 tenía los datos de una persona de sexo masculino, altura de un metro sesenta y nueve, pelo negro, color de ojos café, tez morena y diez impresiones de huellas dactilares. Hasta ese momento, nada era tan sospechoso si lo llegaban a encontrar con esa ficha con números en la chaqueta. Al salir del Servicio Médico Legal, aún no cesaban de llegar los camiones, lanzando más cuerpos en el patio, llevados luego al interior del edificio. Muchísimos camiones estacionados en la parte de atrás. Pero su trabajo ahí ya había terminado por el día. Salió del edificio finalmente a la calle, donde la luz de la tarde y la brisa fresca logran quitarle el peso del día. Frente a la Avenida La Paz estaba lleno de flores, la gente que las vendía ya estaba ahí, había pasto verde, era septiembre, y la primavera se acercaba, la imagen le parecía irónica. Sin embargo aquellas flores en la tradicional pérgola, siempre han estado ahí, haciendo un preludio al fondo de la calle donde se sitúa el cementerio, pero Héctor no encontraba consuelo en aquella expresión de la vida. Antes de alejarse del edificio, reconoció al funcionario de la Morgue que se pasó el día gritando “llegó más mercadería” con irritante frialdad. Lo esperaba su polola o su pareja, la tomó de las manos de la forma más cariñosa y la besó. Héctor se quedó mirando.

–¿Ves? La vida continúa –le dijo Kiko, que se paró a su lado.

Se separaron en ese momento, ya eran cerca de las seis de la tarde y a las siete empezaría el toque de queda. Héctor vivía cerca de ahí, en el barrio Recoleta y se fue a pie hasta su casa, perturbado. Cuando llegó, se encerró en su pieza se acostó, no comió ni tampoco habló con nadie, lo único que quería era descansar y tratar de dejar su mente en

blanco para intentar olvidar las caras de todas las personas que había visto y que al despertar todo fuera un mal sueño.

## **Lunes, 17 de septiembre**

Héctor no fue a trabajar directamente a la Morgue ese día. Asumió el riesgo de que quienes lo habían visto en el turno del domingo notaran su ausencia ese lunes entre su equipo de diez compañeros. Se dirigió temprano a la oficina en calle General Mackenna. Con la ficha camuflada entre sus pertenencias, actuaba con la naturalidad de todos los días, siempre con su cargo de funcionario público como estampa.

A las 8:30 de la mañana fue directo a ubicar a una compañera de trabajo simpatizante de la Unidad Popular. “Ya empezamos a jugar a la clandestinidad”, previno. Era Gelda Leyton y trabajaba en el departamento de Dactiloscopia del Registro Civil e Identificación, directamente el lugar que Héctor necesitaba para resolver el misterio. En aquel departamento de Dactiloscopia, se encuentran los archivos de identificación de todos los chilenos, muchísimos cajones, cada uno con números y fichas de identificación de cada persona, diez números por ambas manos.

Héctor encuentra a Gelda temprano, antes que empiecen a trabajar, y la invita a tomar un café. Todavía en el departamento de Identificación, sentados en una mesa frente a frente, Héctor saca la ficha de su bolsillo y la conserva oculta en su mano debajo de la mesa.

–Mira, vas a ser la tercera en saberlo, yo tengo aquí escondida la tarjeta que creemos con Kiko, que es de Víctor Jara. No debes ni sorprenderte, ni gritar, ni llorar, ni nada por favor.

–¿Cierto? –Gelda permanece tranquila en todo momento, sigue escuchando lo que su amigo y colega le decía.

–La vas a tomar, debajo de la mesa y después vas a bajar y vas verificar si corresponde ¿ya? A la hora de almuerzo nos juntamos y me cuentas qué descubriste.

En un movimiento rápido y muy discreto, como si nada hubiese pasado, Gelda toma la tarjeta y la guarda. Sin decir nada ella asiente, le guiña un ojo cómplice. Ambos vuelven a sus lugares de trabajo como si nada hubiese pasado. Héctor se queda la mañana en su oficina, espera hasta la hora de almuerzo sin inconvenientes, pensando que después de todo su trabajo en la Morgue era efectivamente de “voluntario”. Además todo allá era caótico, nadie lo extrañaría.

Justo antes de la hora de almuerzo cerca del mediodía, Gelda baja con una gran resma de tarjetas y camina hacia la oficina de Héctor con la naturalidad de quién hace su trabajo. No había absolutamente nada sospechoso en que ella entrara a ese departamento, su trabajo la obligaba a visitarlo de vez en cuando. Tenían relación desde el punto de vista administrativo, además de amistad, y no era la primera vez que trabajaban juntos.

–La última tarjeta es de él... Sin duda es él.

–¡Tienes que prometerme que no se lo vas a decir a nadie!

–A nadie.

–Ni familia, ni amigos, ni nadie, debes guardar el secreto hasta que yo tome la decisión de lo que vamos a hacer con esta noticia ¿Okey?

–Okey, Héctor. Te lo prometo, a nadie.

A esas alturas, la oficina de Identificación ya estaba también intervenida y se había prohibido en el Gabinete Central circular por secciones que no correspondían a la de cada funcionario. El trabajo de cada uno estaba confinado a una letra en especial. Kiko estaba en el sector dos, es decir las letras H, J, I. Él tenía acceso a ver los archivos de la letra que correspondía a Jara. En cambio Héctor sólo podía llegar hasta la B.

Entonces después del mediodía, “todo muy normal” en el Gabinete, Héctor le informó a Kiko que Gelda bajó con la ficha 86 y que efectivamente la identidad correspondía a la del cantautor. Se propusieron llegar hasta la casa de Víctor Jara y avisarle a su familia. Héctor sabía la existencia de Joan Turner, una connotada bailarina de ballet que era la pareja de Víctor, pero no conocía nada más sobre su vida personal. Lo otro importante que debían resolver en ese minuto era quién sería el que iría a la casa de Víctor Jara a dar la noticia. Quién fuera seguramente correría peligro.

–Mira, descartemos a la compañera Gelda. Ella no puede, una mujer no puede ir a avisarle. Porque no sabemos qué condiciones vamos a encontrar allá en la casa de Víctor Jara

–Sí, si se sabe que a él ya lo mataron, qué habrán hecho con su compañera, sus hijas o con su familia.

–Entonces tú eres casado y yo soy soltero. Yo voy –asume Héctor.

Por esas circunstancias y ninguna otra razón fue Héctor quién sería el mensajero. Se planteaban que cuando la gente del Partido Comunista supiera que se identificó a su

compañero, lo sacarían lo más rápido posible de la Morgue, antes que lo hicieran desaparecer. Los cuerpos que no fueran identificados serían seguramente arrojados en una fosa común o cremados en la “huesera” del Cementerio General.

–Si llegaba a saberse, de ahí de un solo telefonazo y se va a saber a nivel superior –  
sentenció Kiko sabiendo lo rápido que debían moverse.

Para ellos lo primordial era entonces que una persona lo sacara legalmente y lo sepultara y, si se podía, que quedara una constancia o algo por el estilo. Una tarea difícil, porque hasta ese día lunes, la identificación era lo único disponible, ningún cadáver había salido de la morgue todavía. Sólo estaban las fichas y el papeleo de las escrituras a máquina que culminaba en la elaboración de una gruesa lista en el Registro Civil. Cada hoja enumeraba treinta a cincuenta cadáveres y cada nombre de cada cadáver representaba a alguna víctima de los golpistas. Esa lista se devolvía luego a la Morgue, pero en esos días aquel último destino no servía de mucho. Nadie podía buscar a sus familiares. Los militares ordenaron no dejar pasar a nadie sin autorización. Estaba prohibido, “porque imagínese usted que si hubiesen llegado cada uno de los familiares de toda esa gente”, recuerda Héctor, “eran miles”.

Era indispensable corroborar que la dirección de Joan Turner fuera la misma que la de su esposo. Ellos se confiaban en que la información no estuviese obsoleta, ya que en el Gabinete Central de Identificación siempre se actualiza el domicilio luego de cada trámite.

Siempre acompañado de Kiko, Héctor se dirigió al kárdex, el sistema de catalogación alfabética y numérica del Gabinete. Era una sala grande llena de estantes conteniendo las fichas de todos los chilenos inscritos. Buscaron la que correspondía a Víctor Lidio Jara Martínez, para verificar los datos que les había dado Gelda. Dieron con el archivo y efectivamente era él, las mismas huellas. En la ficha leyeron: casado con Joan Alice Turner Roberts. Sonó el timbre y el personal comenzó su retiro, los empleados estaban ansiosos por salir. Kiko, que no tenía restricción en ese espacio, salió a cerciorarse de que nadie lo encerrara. Luego se dirigieron, aún cautelosos, no muy lejos de ahí, hacia el sector de la letra T. Buscaron “Turner”, luego “Turner Roberts”, luego “Joan Alice”. Burocráticamente ubicaron la ficha con sus datos y en el papel aparecía: casada con Víctor Jara. Confirmaron que la dirección coincidía con la de su marido: Calle Piacenza, comuna de Las Condes. No podían cometer ningún error, debían deshacerse de toda evidencia, por eso leyeron la ficha hasta memorizar toda la información recaudada y salieron de la sala de kárdex. A esa hora, cinco de la tarde, no quedaba tiempo más que para ir a la casa, con una hora para el traslado. Después comenzaba el toque de queda.

Al llegar a la casa, Héctor se encontró con su familia, con al cual no había charlado desde hacía días. Después de la experiencia en la Morgue de Santiago, Héctor prefirió que nadie se le acercara. Tampoco nadie en su casa le preguntó qué había visto. “No le dimos mucha luz al gas”, recuerda su hermano Ricardo Herrera. “Sabíamos que ir a la Morgue esos días significaba una realidad terrible”. Sin embargo esa tarde, Héctor, muy afectuoso como de costumbre, se sentó a jugar con sus numerosos sobrinos. Su hogar estaba siempre muy concurrido, vivían al menos tres familias en el caserón número 3214 de la calle Fermín



Vivaceta en la comuna de Conchalí y en aquellos días, llegaron incluso familiares de Los Andes a quedarse.

Al caer la noche Héctor le pide a su padre Enrique Herrera y su hermano mayor, Ricardo, que lo acompañasen al mesón de la tintorería. Era el negocio familiar que administraba el padre y colindaba con la casa, por lo que no había que salir a la calle. Héctor les cuenta del descubrimiento del cadáver de Víctor Jara en la Morgue y los datos recién recaudados con la ficha de Víctor Jara y Joan Turner.

–Mira papá, te confieso que para mí es una cosa importante que se sepa que este compañero Víctor Jara esté muerto. Que se sepa que fue asesinado horriblemente. Hay una compañera viuda que lo está esperando y hay que ubicarla. Que ella haga los trámites y que su familia se encargue y lo sepulten. Y, bueno, ella se encargará de hacer la constancia donde corresponde. Yo lo voy a hacer aunque tú me digas que no.

Tras una corta pausa después de plantear la situación como si fuera una misión ineludible, Héctor prosigue.

–No, no hay alternativa.

–Sin duda te corresponde –determinó el padre– y lo que vas a hacer, es que te vas temprano y no esperes mucho rato en la calle, anda bien arreglado porque vas para allá arriba. ¿Alguien te va a acompañar? –le pregunta.

–Voy solo. Solamente puedo ir yo, porque soy el único soltero. Si pasara algo...  
Todo el mundo tiene compromisos –explica Héctor.

Entre los tres planearon el trayecto. Su padre y su hermano le dieron instrucciones para no despertar sospecha. No eran más que sugerencias, pero estas podrían determinar la suerte de Héctor, quién era el “conchito” entre sus hermanos. En ningún momento se puso en duda el deber que le correspondía a Héctor.

–Si te percatas que alguien te sigue, te escondes. Chequea bien la dirección antes de golpear, no querrás llamar la atención de otras casas. Entregas el recado y te vas –  
concluyó don Enrique.

La conversación fue clarísima, “corta, concisa y precisa”, recuerda su hermano Ricardo. Su padre, un libre pensador y seguidor de las ideologías anarquista y comunista, “era el *pater famili* en la casa”. A pesar de que Héctor ya había tomado la decisión de su actuar, la aprobación paterna era necesaria. La militancia y simpatía ideológica los había formado consecuentes políticamente y para ellos reaccionar de otra manera era inconcebible.

## **Martes, 18 de septiembre**

El día de las fiestas patrias, feriado en Chile, Héctor Herrera tomó el bus muy temprano en dirección oriente, hacia el sector de las familias de posición acomodada de Santiago. Salió de su casa casi a la hora en que el toque de queda se levantaba. El camino era largo y aquel día era posible que la locomoción colectiva demorara más de lo habitual. Iba solo y ligero, bien vestido, pero a la vez casual como le había recomendado su padre, con blue jeans y un vestón.

Mientras el autobús subía en dirección a la cordillera, Héctor se fijaba cómo en todas las casas y edificios flameaban banderas chilenas. Por decreto oficial, los militares ordenaron que todas las casas lucieran una. Pero en “las casitas del barrio alto” esto, más que una obligación, parecía una expresión espontánea de alegría. Las Condes estaba completamente embanderado, todo un ambiente de fiesta. Héctor llegó a la calle Piacenza alrededor de las ocho de la mañana. Todo el mundo aún dormía, o por lo menos aún no parecía salir de su casa. Estaba todo silencioso bajo un primaveral sol matutino.

Héctor estaba muy nervioso, lo único que quería era encontrar rápidamente la casa. Para no pasar mucho tiempo caminando sin sentidos en ese lugar. Divisó una bandera de Gran Bretaña no muy lejos de donde estaba.

—¡Ahí es! La compañera puso una bandera para protegerse o algo así —se dice Héctor.

Eran las ocho y media de la mañana cuando muy nervioso toca el timbre de la casa. Nadie responde, asume que es muy temprano, feriado y que nadie está despierto todavía. No insiste en el timbre y decide esperar delante de la reja que permite ver hacia el interior del jardín y la puerta de entrada. Luego de un rato, Héctor escucha el picaporte de la casa moverse. Una mujer se asomó por la puerta.

–¿Vive aquí Joan Alice Turner?

La mujer lo mira de pies a cabeza a lo lejos.

–¡No, no, no! Aquí no vive ninguna Joan Alice. – Muy nerviosa ella también.

–¡Ah! Ya, gracias –y partió.

Equivocarse era lo último que quería, ya estaba levantando sospechas cuando su plan era ser invisible. Regresó en sus pasos, por la calle Piacenza y descubrió que los números y el nombre de la calle seguían dentro de un pequeño pasaje, un callejón sin salida con frondosas plantas. Había pasado de largo por ahí la primera vez. La calle todavía parecía completamente vacía a esa hora. Entró al pasaje y en esa ocasión sí encontró la dirección. Se detuvo frente a la puerta del antejardín y de inmediato un perrito comenzó a ladrar dentro de la casa. Héctor no logró encontrar el timbre, sin embargo se abrió una ventana arriba en el segundo piso y apareció una cabellera rubia. A Héctor le dio la impresión de que lo estaba esperando, le pareció que la mujer había permanecido despierta la noche entera.

–¿Sí? –grita desde la ventana.

–¿Vive aquí Joan Alice Turner Roberts? –pregunta Héctor.

–Sí, sí. Un momentito por favor –responde.

Bajó vistiéndose una bata de levitarse color café y se acercó a la puerta sin alarmarse. Héctor sacó de su bolsillo su carnet de identidad y su credencial de representante oficial del Gabinete Central de Identificación. Muy nervioso, lo primero que hizo fue intentar decir las cosas precisas para ganarse la confianza de Joan inmediatamente.

–Mire, yo soy compañero, no tengo nada para mostrarle que soy compañero pero lo soy, un camarada. Me llamo Héctor Herrera, aquí está mi carnet. Soy funcionario del Gabinete Central de Identificación, aquí está mi carta, y soy de la “J”....

–¡Tú me traes noticias de Víctor! –exclama Joan.

Parecía que no escuchaba nada de lo que Héctor le estaba diciendo, estaba ensimismada en hacer pasar a Héctor a la casa, se veía ansiosa ante el hecho que le llevaran noticias. Héctor contempló brevemente el interior de la casa. No era muy grande, y pensó que estaba decorada muy al estilo de Víctor Jara. Había una lámpara colgada del techo y caía justo encima del mantel rojo sobre la mesa del comedor. Muchos cuadros que seguramente habían pintado compañeros de los dueños de casa, además gredas y abundante cestería. “Había de esas cosas típicas que se ven en los hogares de izquierda”, recuerda Héctor.

Joan hizo un gesto y le pidió tranquilamente que se sentara. En ese momento, Héctor se dio cuenta de que ella no tenía la menor idea de por qué estaba él ahí. Héctor iba con la intención de confirmar algo que, pensaba, ella ya sabía. Quizás suponía que el Partido Comunista tenía la forma de hacerle llegar este tipo de noticias por medio de gente más cercana que él. Héctor pensaba a medida que hablaba, buscando la mejor forma de darle la terrible noticia. “A golpe y porrazo tendría que decirle que su amor estaba muerto”. No había tiempo para rodeos, tampoco sabía muy bien cómo preparar el terreno. Resultó que a sus 23 años por primera vez en su vida tuvo que anunciar una muerte.

–¿Está sola? –le pregunta Héctor.

–Está Mónica arriba, una compañera que ha vivido siempre con nosotros, vive atrás, es la que nos ayuda en la casa –responde Joan– y están las dos niñas durmiendo.

–¿Y no está ni su mamá?

–No, no. Yo no tengo mamá, acá.

–O sea que usted está sola prácticamente.

–Bueno, sí.

Aquellos días, en la casa de Héctor se estaba quedando mucha gente. Su numerosa familia era también muy cercana. Él pensaba que una situación similar se estaría repitiendo en todos los hogares chilenos. Se sorprendió al ver lo desamparada que se veía esa mujer. Héctor decidió no hacer más preámbulo, pues la veía ansiosa.

–Mire, yo como funcionario del Gabinete y como compañero, le vengo a decir algo que usted no sabe. Que su compañero Víctor Jara ha muerto... yo lo ví muerto y no hay duda que es él. Su cuerpo está en la Morgue de Santiago.

En ese momento el dialogo entre los dos terminó. Joan tomó las manos de Héctor y se agachó, estaba sentada, y apoyó su cabeza en sus rodillas y en las manos de Héctor. Lloró, pero muy en silencio, Héctor no dijo nada, recordó las palabras de su padre, de la noche anterior cuando le prevenía como sería la situación. “Tienes que ser valiente”, le dijo. Héctor veía la soledad en la que Joan estaba y sabía que no podía ser simplemente un mensajero. En ese momento tomó otra decisión, “tengo que acompañarla”, no podía llegar sólo hasta ahí y retirarse, esa clase de frialdad no le correspondía. Por más que intentó adoptar una figura de funcionario, esto no era una pieza fría de teatro donde los personajes podían salir de escena a voluntad. Ya se había involucrado voluntariamente y no podría arrepentirse. Permanecieron inmóviles cerca tres dolientes minutos y cuando Joan se repuso, levantó la cabeza.

–¿Qué hay que hacer? –preguntó Joan.

–Lo importante, es que sólo usted puede sacarlo de la Morgue y hay que sepultarlo hoy. Sea como sea yo la voy a ayudar en todo –prometió Héctor.

Ahora que Héctor ya estaba comprometido, debía adoptar una nueva actitud. Lamentablemente ya no había tiempo para el luto silencioso. Si iban a hacerlo todo aquel día debían ser eficientes y cautelosos. Otro factor muy importante era preparar a Joan para que lo acompañara hasta la Morgue. Él sabía por experiencia propia que tal lugar era muy

difícil de afrontar. Héctor le describió exactamente el crudo escenario en el que iba a ingresar, directamente al infierno.

–Usted no se puede asustar, ni desmayar ni nada. No puede hacer ninguna expresión de horror, porque si llegan a saber que usted no está autorizada para estar ahí, sonamos los dos. – le previno a Joan con voz muy seria.

Además de eso, Héctor inventó una coartada, en caso de que ocurriera una eventualidad. Crearon una historia de cómo se conocían y cual era su relación con el difunto. Héctor era funcionario del Gabinete, pero además había estudiado guitarra y fue ahí cuando aprendió a bailar cueca en la Facultad de Música, en la Escuela Nocturna. Lo cual no era mentira. Héctor de hecho había aprovechado la oportunidad que le brindó el gobierno de la Unidad Popular de asistir a la Universidad a tomar los cursos nocturnos de música y baile. Sabía de Joan Turner y Víctor Jara por este intermedio, pero no fueron ellos sus profesores.

–No es Víctor Jara, para ti es Víctor, como es Víctor para mí y yo soy Joan –aclaró Joan en medio de la planificación.

Joan subió al segundo piso a cambiarse de ropa y alistarse para partir. A esas alturas, eran las nueve y media de la mañana. Mientras estaba solo, Héctor repasó mentalmente todo el trayecto que debería realizar para sacar el cuerpo. No sabía muy bien cómo lo haría, pero confiaba que la improvisación, el desorden administrativo en el que se encontraba la morgue y su suerte sirvieran para lograrlo. Mientras caminaba en círculos en



su puesto, escuchó unos pasos veloces bajar por las escaleras. Aparecieron dos niñas pequeñas bajando las escaleras, las hijas de Víctor y Joan. Primero la más grande se presentó tiernamente como Manuela, se acercó a Héctor sin miedo alguno y le preguntó si sabía algo de su papá. Héctor no se atrevió a responder nada más que su papá estaba muy enfermo, muy mal. Luego se acercó la otra niña acompañada de Mónica, la amiga que vivía en casa de Joan.

- Vamos a ir con tu mamá al hospital a verlo, está muy enfermo – dijo Héctor.

La niña pequeña, Amanda, fue corriendo a un mueble y le mostró todos los recortes que tenía de su padre. Le comentó que siempre que su papá aparecía en una revista, ella lo recortaba y lo guardaba. Le pasó una imagen en la que Víctor figuraba con una guitarra en las manos, cantando. Héctor estaba apenado de remplazarla por imagen tan distinta y tétrica en su mente. Finalmente Joan bajó, lista para salir, llevaba un poncho en la mano que metió dentro de un bolso. Se despidieron de las niñas y de Mónica. La madre previno que si alguien llamaba por teléfono, dijeran que andaba con un amigo, que no se preocuparan y que no dejaran de llamar. Salieron de la casa. Joan se veía arreglada, pero nada podía disimular su mala cara. Afuera de la casa estaba estacionada una Renoleta.

–¿Sabe conducir? –le preguntó Joan. Al parecer ella no estaba en condiciones hacerlo.

–No... No tengo idea de conducir –confesó Héctor con tono de lamento.

Joan conducía como una autómatas por las calles del barrio alto en Las Condes, “bajando por la guarida de los momios”, como diría Héctor. Al detenerse en un semáforo en rojo, el auto al lado suyo, estaba cargado de carne y verduras, evidentemente se prepararía un banquete en alguna casa. Toda la cuadra estaba embanderada, después de todo era dieciocho de septiembre, día de fiestas patrias.

### **Capítulo 3:**

#### **Joan / “Paloma quiero contarte”**

Basado en el libro “Un Canto Truncado” de Joan Turner Jara (1983)

y entrevistas a la misma.

Aquella mañana del martes 11 de septiembre todo estaba paralizado y tenso. Corrían rumores sobre un despliegue militar en Valparaíso y en los informativos la huelga de los camioneros no daba tregua. Como de costumbre, Joan escuchaba las noticias en la radio del auto cuando fue a dejar a sus hijas al colegio Manuel de Salas en Ñuñoa. Regresó a casa con Amanda, la más pequeña. Los alumnos de los niveles más jóvenes habían sido devueltos con sus padres, se presentía que algo ocurriría pronto. Todo estaba tan tenso que poco después de llegar a casa, Víctor ya estaba levantado y le recomendó ir a buscar a Manuela, la mayor. Ambas regresaban a casa, a eso de las nueve y algo de la mañana, iban escuchando en la radio el entrecortado discurso del presidente Salvador Allende que sonaba como una triste e inevitable despedida.

Cuando llegaron a la casa, Joan estaba acelerada y acongojada y Víctor la estaba esperando para salir con el auto. “Aquella mañana Víctor debía cantar en la Universidad Técnica, en la inauguración de una exposición sobre los horrores de la guerra civil y el fascismo, donde hablaría Allende”.<sup>2</sup> Había decidido seguir las instrucciones de la Central Única de Trabajadores (CUT) y presentarse a trabajar. Una responsabilidad que era prácticamente un acto simbólico y una manifestación expresa de apoyo a Allende. Joan sabía que Víctor no podría faltar a su compromiso, era demasiado importante para él. Se despidieron con la apurada indiferencia de una partida que urge.

–Volveré en cuanto pueda, mamita... tú sabes que tengo que ir... mantén la calma –  
dijo Víctor.

---

<sup>2</sup> JARA, Joan. “Un Canto Truncado”. LOM Ediciones. Santiago, 1983. Reeditado el 2007 P. 240

–Chao...

Joan permaneció en la casa pegada a la radio. La señal de las emisiones de izquierda se interfería mientras bombardeaban las estaciones. Luego, como un trueno, escuchó pasar los aviones de propulsión, camino a la Moneda. El sonido de la explosión le recordó su infancia en Inglaterra, durante la Segunda Guerra Mundial. Sonaba tan fuerte que parecía estar muy cerca. Joan llamó con un grito a las niñas que jugaban en el jardín. Las convenció de que todo era un juego, para que no se preocuparan. Poco rato después, el amenazante ruido de helicópteros volvió a romper el silencio, estaban muy cerca. Joan subió al balcón de su pieza, en el segundo piso y los vio “rasantes sobre la copa de los árboles, en el aire suspendidos como siniestros insectos, ametrallando la casa de Allende”<sup>3</sup>.

Sonó el teléfono, era Víctor llamando desde la Universidad Técnica. Joan no pudo ocultar su preocupación, le contó todo lo que había visto y escuchado, le preguntó cuando volvería a la casa, pero este no logró responderle con claridad. No fue mucho lo que hablaron. Él llamaba sólo para cerciorarse que estuviesen bien. Había una inmensa fila que quería utilizar el teléfono y tuvo que colgarle antes que pudiera seguir hablando.

Joan pasó durante todo el día entre la radio y el teléfono. Amigos llamaban preguntando cómo se encontraban la familia y si sabían de otras personas. Sólo llamadas cortas, apenas comentaron lo que estaba pasando. “Tenemos que suponer que todos los teléfonos están intervenidos”, asumió Joan. Víctor volvió a llamar alrededor de las cuatro y media de la tarde.

---

<sup>3</sup>. *Ibíd.* P. 240

–Tengo que quedarme aquí... será difícil que vuelva por el toque de queda. A primera hora de la mañana en cuanto lo levanten, vuelvo a la casa... Mamita te quiero –dice Víctor.

–Yo también te quiero... –pero Joan se atraganta mientras le dice, y él ya ha cortado la comunicación.<sup>4</sup>

Joan no pudo dejar de pensar en Víctor. Al caer la noche se sentía con una impotencia enorme y se preguntaba cómo se encontraría, si tendría hambre o frío. Se sentía culpable de no haberle pasado una chaqueta para que se abrigara. No podía convencerse de lo que estaba pasando, no concebía la amenaza de muerte que le impedía salir de su casa. No pudo conciliar el sueño en toda la noche, los nervios la consumían. Y menos podría dormir con los continuos sonidos de metralleta, algunos distantes, otros no tanto. Se imaginaba que antes del toque de queda, Víctor podría haber salido de la Universidad y haber ido a la casa de algún compañero, por ahí cerca.

El toque de queda se levantó a última hora de la mañana. Joan vio por la ventana como todo el mundo salió en masa a comprar el pan y otros víveres. En esa oportunidad, la cola del almacén estaba controlada por los militares, varios golpearon y amenazaron a la gente.

Joan seguía muy nerviosa, anhelaba que Víctor llegara pronto, imaginaba escuchar el familiar sonido de la Renoleta estacionándose en la entrada de la casa. Miraba por la

---

<sup>4</sup> Ibíd. P.242

ventana y el espacio del auto estaba siempre vacío, no había señal de su esposo. Calculaba cuanto tiempo le llevaría manejar desde la Universidad Técnica hasta la casa. Su mente regresó de súbito a la realidad y cuando se dio cuenta de que no había dinero en la casa. Pensó en su amigo Alberto que había colaborado con las Juntas de Abastecimiento y Precios (JAP) y que tenía un negocio en el sector. Con algo de suerte, él podría cambiarle un cheque. Su tienda estaba a dos cuadras de la casa. Salió de la casa y mientras caminaba por la calle vio pasar dos camiones a alta velocidad llenos de gente, civiles con ametralladoras y fusiles. Joan asumió que debían ser algunos vecinos fascistas del barrio alto dispuestos a colaborar con el golpe de Estado. En el negocio, Alberto estaba muy asustado, días antes ya le habían colocado bombas fuera de su local. A pesar de eso accedió a prestarle dinero.

Joan caminó de vuelta a su casa y se encontró con una amiga. Era la mujer de un integrante del Inti-Ilumani que no había ido al trabajo en una repartición gubernamental. Se acompañaron caminando y conversando, se preguntaban qué sería de sus compañeros, también se dieron cuenta de que ambas estaban solas, Víctor estaba atrapado en la Universidad Técnica y el conjunto musical estaba de gira por Europa. Decidieron volver juntas a casa de Joan y esperar a Víctor, pero él no llegó. Con el peor ánimo y náuseas, Joan estuvo horas frente al televisor, viendo los anuncios de los militares que sentenciaban “erradicar el cáncer marxista”, la noticia oficial de que el presidente había muerto, la Moneda destruida, la casa de Allende destruida... Los canales repetían las imágenes todo el día, lo cual era un martirio para Joan, quién sentía que todo se desmoronaba.

En horas de la tarde se enteró del ingreso de tanques a la Universidad Técnica del Estado (UTE) y del arresto de la mayoría de los que ahí se encontraban. De Víctor todavía no tenía señal. Su amiga Quena, que la llamaba por teléfono constantemente, fue quién se encargó de buscarlo. Quena podría ser más discreta que Joan, ya que a ella el miedo la inmovilizaba, no se atrevía a salir a buscarlo o a llamar la atención con respecto a su marido. Pensaba que cualquier movimiento podría ponerlo en peligro.

Al día siguiente, el miércoles 12 durante la mañana, Quena volvió a llamar. Averiguó que la gente de la Universidad Técnica había sido trasladada al Estadio Chile, el mismo estadio donde Víctor había cantado muchas veces. Las mujeres que se encontraban cautivas en la UTE fueron separadas de los hombres y la mayoría liberadas, una de ellas le informó a Quena de lo que ahí pasaba, pero no sabía con exactitud si Víctor estaba entre los llevados al estadio.

Durante la tarde Joan recibió otra llamada y corrió al teléfono. La voz que le habló sonaba nerviosa y desconocida, preguntó si estaba por ahí la compañera Joan.

–Tú no me conoces, compañera, pero tengo un mensaje para ti de tu marido. Acabo de salir del Estadio Chile. Víctor está allí. Me pidió que te dijera que trates de mantener la calma y quedarte en la casa con las niñas, que él dejó el coche en el estacionamiento de la Universidad Técnica y que quizá tú puedas enviar a alguien para que te lo traiga. No cree que lo dejen salir del estadio – dijo la nerviosa voz masculina.



A pesar de que Joan quiso preguntarle más, eso fue todo lo que dijo. Transmitió el mensaje, deseó buena suerte y colgó. Joan al menos sabía con certeza el paradero de Víctor, pero eso no la consolaba. Quena llamó unos minutos más tarde y Joan le informó la llamada anónima. La amiga intentó por muchos medios ayudarla, acudió hasta al Cardenal Raúl Silva Henríquez para que interviniera y poner a Víctor a salvo. Joan no se movió de donde estaba. “Me inmovilizaban el terror de identificar a Víctor – suponiendo que todavía no supieran quién era -, las instrucciones que me había transmitido y mi fe ciega en el poder y la organización del Partido Comunista que, según yo creía, conocería la mejor manera de proteger a personas como él”, explica Joan.<sup>5</sup>

El día viernes se levantó el toque de queda por un breve plazo. Joan emergió de su parálisis mental y salió de su casa a buscar el auto al otro lado de Santiago. Tomó el autobús en la parada cerca de su casa en la comuna de Las Condes. Todo aparentaba normalidad, pero el aire no parecía refrescar su mente. Los almacenes estaban abiertos, la gente caminaba, el autobús pasó sin mucha demora como de costumbre, la única diferencia eran la apabullante presencia los militares. Tanto en Las Condes como en el centro estaban por todas partes. El trayecto hasta la Universidad Técnica obligaba al autobús pasar por la Alameda, la avenida principal, donde se encontraba la casa de la Moneda, recientemente bombardeada. Al pasar por el frente, toda la gente del autobús se abalanzó a mirar por la ventana. El edificio estaba en ruinas, un esqueleto. La imagen duró tan sólo un momento, un impacto, luego el trayecto siguió y el edificio quedó atrás. Varias cuadras más adelante, Joan descendió en Estación Central. Las calles de aquel mercado estaban tan concurridas como de costumbre, Joan se mezcló entre la gente y dirigió sus pasos a la calle lateral que

---

<sup>5</sup> *Ibíd.* P. 244

conducía al Estadio Chile. Había mucha gente en la entrada esperando, se quedó detrás de la multitud sin acercarse demasiado y sin llamar la atención. La entrada era custodiada por firmes y amenazantes soldados con armas en posición de disparar. Su marido estaba encerrado ahí y entrar era imposible. Joan siguió su trayecto desconsolada, salió del tumulto y caminó sola hacia la UTE que no estaba muy lejos de ahí. Su soledad se acrecentó al llegar a una universidad muy grande y desierta. El ahogado sonido de una ciudad tensa quedaba atrás y la fresca brisa de septiembre la seguía. Los vidrios y ventanales estaban rotos, la fachada dañada, todo estaba muy silencioso. La renoleta era lo único que existía en medio de un enorme estacionamiento vacío. Seguramente había militares cerca, pero no se hacían presentes, sólo había un anciano sentado en la pared. Joan se acercó al auto nerviosa, y cuando se detuvo junto a la puerta, se dio cuenta que estaba parada sobre un charco de sangre que emanaba por debajo. La ventanilla estaba rota y había muchos vidrios en el interior. Joan rápidamente empezó a probar las llaves para ver si alguna funcionaba, luego ve que el hombre de la pared se acercó.

–¿Quién es usted? –le grita el anciano.

–Es mi auto –tartamudea Joan– es el auto de mi marido... Lo dejó aquí.

–Entonces está bien –responde– Se lo estaba cuidando a don Víctor. Encontré su carnet en el suelo. Será mejor que lo tengas tú –y se lo entrega.

–¿Pero de dónde viene toda esa sangre? ¿De quién es? –le pregunta Joan.

–Supongo que alguien le dio una puñalada a un ladrón que intentó robarlo. Por aquí se ha derramado mucha sangre últimamente. Será mejor que se vaya cuanto antes. Aquí corre peligro.<sup>6</sup>

Juntos sacaron los vidrios rotos de los asientos del auto para que Joan pudiera conducir, luego el anciano insistió que se alejara. Joan volvió a casa con el auto. No sabía qué hacer, sólo podía retornar al hogar. Al pasar nuevamente por la Moneda, prefirió no mirar hacia el lado, pero sus ojos la traicionaron.

Durante el fin de semana, llegó a verla la señora Marta, una amiga y funcionaria del Ballet donde Joan hacía clases. Su compañía la ayudo, necesitaba a alguien con quién conversar de frente, ya que pasaba mucho tiempo hablando por teléfono. Comenzó a desesperarse no sólo por Víctor, también le preocupaba el destino de sus conocidos y amigos. “Todos los dirigentes de la Unidad Popular estaban detenidos u ocultos y los buscaban como criminales. Otros amigos habían desaparecido”<sup>7</sup>.

La madrugada del domingo, después de otra noche de insomnio mirando el techo. Joan decidió salir nuevamente. No dormía mucho así que se levantó en un solo movimiento y rápidamente fue al armario a buscar ropa guardada que no había utilizado en años. Sacó prendas de Mark & Spencer, se tomó el pelo en un moño, se puso lentes oscuros. Se miró al espejo, estaba disfrazada como la inglesa que era, pero que hacía mucho tiempo había

---

<sup>6</sup> *Ibíd.* P. 246

<sup>7</sup> *Ibíd.* P.246

dejado atrás, y además estaba de incógnito. Se dirigió a la residencia del embajador, sabía que como era domingo había más posibilidad de encontrarlo en su casa.

Se paró frente al portón de fierro de la enorme mansión, en la entrada había un policía que la miraba, y Joan dudó que el guardia no creyera que era inglesa. Uno de los criados salió a atenderla y la mujer inmediatamente le dijo que era británica y necesitaba ayuda. El criado le pidió que esperara, no le abrió la puerta. El policía seguía mirándola, pero ambos permanecieron en silencio. Después de unos instantes salió un joven evidentemente británico que le pidió disculpas por tantas precauciones. Joan en un incoherente y entrecortado inglés, le respondió al joven que su marido se encontraba detenido en el Estadio Chile, que temía por su seguridad y solicitaba ayuda.

–¿Es súbdito británico? De lo contrario, usted sabe muy bien que no podemos hacer nada –dijo el hombre.

–No, es chileno, pero creo que corre un peligro especial porque es una persona conocida. Por favor, traten de hacer algo para ayudarlo... Si saben que la Embajada Británica se interesa por él, quizá podamos salvarlo.

–No creo que podamos hacer nada, pero dadas las circunstancias, probablemente lo más aconsejable sea que nuestro Agregado Naval pregunte por él a las autoridades militares. Veré qué podemos hacer, pero no le prometo nada. Le llamaré por teléfono si tengo alguna noticia.

Joan se fue del lugar, sin saber si lo que hizo estaba bien o mal. Ignoraba si su marido estaba vivo o muerto. Lo único que tenía eran pistas de donde estaba, si no tenía

consigo su carnet, era seguramente porque esperaba que no lo reconocieran, su aspecto después de todo era el de la mayoría de los chilenos. Joan no podía imaginar qué era de él y no sentía que pudiera hacer algo para ayudarlo de otra forma, lo único que esperaba era no haberlo traicionado con aquella visita a la embajada.

“El lunes es una laguna en mi memoria. Supongo que hice todos los movimientos que corresponden a estar viva. Por decreto militar, mañana debemos sacar las banderas para celebrar el día de la Independencia de Chile”.<sup>8</sup> Joan había pasado aquellos días, en la mayor de las incertidumbres. No veía a su marido desde hacía una semana, lo único que quería era saber de él. La noche del lunes fue otra donde el espacio de Víctor en la cama estaba vacío. Entre sueños y soledades se despertó en la mañana con los ladridos de su perro. Había alguien en la puerta. Joan se asomó por la ventana y vio a un muchacho desconocido y muy joven que preguntaba por ella. Sus ruegos se escucharon, tenían que ser noticias de Víctor. Inmediatamente se puso la bata de levantarse, se arregló el pelo mientras bajaba por las escaleras y salió a recibirlo.

---

<sup>8</sup> *Ibíd.* P.247

**Capítulo 4:**

**Joan y Héctor / “Juntos iremos, unidos en la sangre”**

## Martes, 18 de septiembre (parte 2)

Hablaron mucho durante el trayecto, Joan se sentía con la confianza suficiente de contarle cosas personales sobre Víctor, pero al mismo tiempo a veces parecía que su conciencia se iba a otras partes. Era una autómatas al volante, hablando por hablar.

–Bueno, Víctor cayó por lo que siempre creyó... –decía Joan.

Héctor no quiso ser descortés, le hablaba de su vida personal también. Sobre su numerosa familia que residía en Conchalí y como habían llegado todos a habitar juntos en la misma casa en esos días terribles. Coincidió que el auto transitaba rápido y solitario cerca de su barrio en la actual comuna de Independencia. Comentaron también acerca de personas y amigos de quienes tenían noticia.

–Detuvieron a Ángel.

–¿Ángel Parra?

–Sí, me avisaron que lo fueron a buscar a su casa y se lo llevaron detenido al Estadio Nacional... y ¿qué será de Pablo? – se pregunta Joan.

La mujer guardaba cariño a muchas personas de distintas procedencias, recordó desde gente muy humilde, hasta los más grandes artistas. Conocía personalmente a Pablo Neruda, con Víctor habían sido invitados un par de veces a su casa; Héctor también tuvo la oportunidad de conocerlo, gracias a la militancia de su padre estuvo incluso en su hogar. Ambos sabían que la salud del poeta había decaído gravemente y no podían pensar cual

sería el trato que los militares darían para una figura tan importante y a la vez tan controversialmente comunista.

Cerca de las once de la mañana estacionaron el auto a unas cuadras de la Morgue. Permanecieron en el auto un momento. Joan tenía aspecto muy decaído, la noticia la había afectado muchísimo. Héctor reiteró la horrorosa descripción que comenzara advirtiéndole en su casa. Debía estar preparada con lo que se encontraría en aquel lugar. Las instrucciones de no llamar la atención venían implícitas al compromiso de ayudarla.

–Usted tiene que ser fuerte. Valiente ¿me oyó? No se me vaya a desmayar ¿Mire que qué voy a hacer yo si la tengo que cargar a usted? – previene Héctor.

Era un joven de 23 años, de altura mediana, bastante delgado y fino. Joan, por el contrario, era una bailarina alta y fornida de 46, una caucásica europea, rubia que no dejaba de llamar la atención por muy neutra que fuera su vestimenta. Joan asintió y prometió hacerle caso, se armó de fuerzas y se levantó como si la parte exhausta de su mente se guardara en otro lado.

En la entrada lateral del Servicio Médico Legal, la misma por donde Héctor había entrado la primera vez, un carabinero con casco negro hacía guardia de pie muy firme con una metralleta en las manos. Afortunadamente era el policía que estuvo los días en que Héctor se presentó a trabajar. Lo saludó formalmente y sacó su credencial de funcionario, pero no la mostró sabiendo que ya lo conocía.



–La colega también es funcionaria.

–Pasen –dijo el policía.

Con naturalidad, ingresaron sin despertar sospechas. Pasaron por el pasillo blanco que los conducía al estacionamiento de ambulancias. El sol que entraba por los ventanales a esa hora del día se reflejaba en el pasillo de entrada y los encandilaba. Al salir de aquella galería y recuperar la vista, Joan no pudo contener una expresión de horror. Era el infierno que Héctor describía. Cientos de cuerpos apilados en el suelo, gente lanzando cadáveres de camiones como si fueran sacos en una feria, sangre por todas partes... “Sé que mi garganta emite incoherentes ruidos de protesta”, recuerda Joan. Inmediatamente, Héctor reaccionó, la tomó del brazo y la empujó suavemente hacia atrás, y recordándole su acuerdo de mantener la calma, por muy difícil que fuera. Él, siendo tan sensible, sabía que lo que le estaba pidiendo era casi imposible.

–¡Shhh! No puedes decir nada, recuerda que tienes que ser fuerte, sino vamos a tener problemas –le susurra.

Ambos se calmaron y nadie notó su leve barullo en el recinto. Sólo una mujer con delantal blanco y mascarilla se acercó a la pareja que seguía hablando despacio y algo escondida cerca del pasillo. Era Anita, colega de Héctor. Este la saludó, la reconocía como una mujer madura de izquierda, socialista acérrima. No había nada que temer, ella sólo se acercaba saludar a Héctor.

–Hola ¿Te tocó turno de nuevo? – dijo Anita.

La funcionaria entonces se percató de la presencia de Joan, de lo mal que estaba y lo mucho que contrastaba con su propio aspecto de delantal blanco. Joan vestía de café, tenía el cabello tomado y lentes oscuros. Sin espacio para preguntas y sabiendo que no haría daño, Héctor reveló su identidad.

–Es la compañera de Víctor Jara, venimos a buscar su cuerpo –aclaró.

Anita miró a través de los lentes oscuros un momento y luego la abrazó cálidamente sin decir nada. Héctor pensó que era el primer pésame real que le brindaban a Joan, pero después de todo su discurso sobre la valentía y las recomendaciones de mantener la calma, se veía algo incómodo con ese abrazo. No sabía como romper el momento de emoción. En el auto, le había exigido a Joan que, en ese minuto, “tendría derecho a tener todas las emociones, pero no tenía el derecho a llorar ni de expresar su dolor”. Joan recibió ese abrazo, pero no lo prolongó y su rostro no expresó mueca alguna. Anita le deseó suerte, se despidió y se dirigió de vuelta a su puesto. Héctor y Joan siguieron sus pasos. Ambos funcionarios comenzaron a señalarle a Joan detalles de los muertos que iban pasando en su camino. Los que se encontraban vestidos, los desnudos, los jóvenes, los viejos. Héctor le mostró a Joan el grupo que llegó desde la Universidad Técnica, pero no se detuvieron a observar. Más adelante, siguieron su paso entre cadáveres y Héctor hizo una mueca de profundo desagrado al ver el patético trato contra un individuo: era un hombre obeso y moreteado, con su uniforme de obrero roto a medio poner y su casco, coronando la escena encima su enorme estómago.

Pasaron al siguiente pasillo, que los llevó al sector del recinto donde estaba Víctor el día anterior, pero al llegar al lugar el cuerpo no estaba. La larga fila de cincuenta personas, fue remplazada por otras cincuenta y no había rastro de las que Kiko encontró. A Héctor le dio un vuelco el corazón, se puso muy nervioso.

–¡Pero si estaba aquí! No se preocupe, lo debieron haber trasladado. Quédese aquí, yo vuelvo al tiro.

Héctor dejó sola a Joan unos minutos. No fue muy lejos a hablar con otros funcionarios que conocía. Eran colegas de oficina suyos, pero sin cerciorarse que fueran confiables, les preguntó por los cuerpos que estaban ahí enfilados el día domingo. Sus colegas no respondieron, quisieron saber la raíz de la pregunta. Héctor estaba alterado y no fue tan locuaz para inventar algo. Confesó apremiado, pero con un tono de voz seguro, como si fuera un trámite que estaba haciendo.

–Soy muy amigo de Víctor Jara, estudié con su señora y está allá al fondo. El cadáver, lo venimos a buscar y no sé adonde está ¿Ustedes saben donde está? – preguntó Héctor. Hubo un silencio incómodo por un momento.

–Mira, al grupo de esa gente se lo llevaron al segundo piso. Yo te acompaño si quieres –le dijo un colega.

Entraron los tres al edificio, Joan en medio de los dos funcionarios apoyada del brazo de Héctor. Ingresaron por un pasillo lleno de ordenados cadáveres, en que el sol iluminaba sus cabezas en la esquina inferior. Joan apretó su brazo, pero Héctor la soltó

despacio. La dejó de pie a la entrada del pasillo, para que no tuviera que ver uno a uno todos esos cuerpos. Héctor buscó a Víctor en la fila. Cuando lo encontró, buscó a Joan con la mirada, le asintió con la cabeza y le hizo un gesto de llamada. Joan contó cerca de veinte personas desde donde estaba. Se detuvo junto a Héctor, frente al cadáver homogéneo de quién parecía otro cuerpo más, pero aquel era su marido. Siguió firme e inexpresiva como le había pedido Héctor, con una entereza que sorprendía a sus acompañantes.

Joan sintió que algo dentro de ella moría. Lo vio demacrado “¿Qué te han hecho?” susurró, apenas lo reconoció. Ahí en el piso se agachó, y con el borde de su chaqueta limpió su rostro, le besó la mejilla y lo abrazó. Héctor sentía mucha pena, estaba enternecido con aquella escena. El aspecto de Víctor no había cambiado, seguía con el cabello lleno de tierra y con la ropa desordenada. Se quedaron ahí un momento, hasta que los otros funcionarios se retiraron. Héctor les agradeció, sabía que no podían quedarse ahí mucho tiempo. Un momento después, tocó la espalda de Joan y le pidió que siguieran. Se disponía a comenzar los trámites para sacar el cuerpo de la Morgue.

Caminaron por otros pasillos del edificio hasta llegar al mostrador donde se encontraban las oficinas administrativas. Joan retuvo a Héctor que se dirigía con paso firme hacia la ventanilla.

–Héctor, no puedo más –le dijo Joan.

Esta vez Héctor la dejó sola, la sentó en una silla de la sala de espera y se dirige a la oficina. Sin dificultad él podría encargarse de esta parte, sabía el procedimiento, pero los

mesones de atención estaban desiertos. Héctor no tardó en buscar personalmente a una funcionaria que lo atendiera.

–Oiga, ya no es hora. Son pasadas las doce del día, usted sabe que hoy es feriado y no se entregan los cadáveres. Va a tener que volver mañana – le dice la funcionaria.

–Pero es que no es cualquier persona, es Víctor Jara – le susurra - es amigo mío y ahí está su viuda. Mírela, ella está muy mal. Mañana yo ya no puedo hacer este trámite. Además yo soy funcionario y estoy trabajando acá, este es el momento para hacer esto, por favor. – le suplicó Héctor. Hubo un silencio.

–Bueno, sólo porque es él se lo vamos a entregar. Y sólo porque usted es funcionario, pero no vaya a decir que fui yo la que se lo entregó. Tampoco me vaya a llegar con más personas, porque sino todos van a querer sacar a los suyos y ahí si que queda la tendalada.

La funcionaria accedió sacar a Víctor legalmente. Buscó un lápiz y juntos completaron los datos del formulario.

–¿Nombre? –preguntó la funcionaria.

–Víctor Lidio Jara Martínez –respondió Héctor.

–¿Profesión?

Héctor se dio vuelta para ver a Joan, quizá ella sería la indicada para responder esa pregunta. Víctor Jara era un artista bastante completo y multifacético, era difícil determinar cuál era su actividad principal, o cuál era la considerada oficial. Joan estaba sentada al otro

lado de la sala, en un rincón. Héctor la llamó, le habló fuerte y le preguntó cual era la profesión de su marido. No hubo respuesta. Joan parecía no escuchar nada. Héctor no quiso insistir.

–Músico –respondió Héctor finalmente a la funcionaria.

–¿Causa de muerte? –preguntó ella.

La pregunta le parecía ridícula, No sabía qué responder. Se quedó en silencio mirando a la funcionaria, esperando a que ella sola encontrara la respuesta más adecuada a su propia pregunta. Al no haber reacción, Héctor cambió la cara de interrogación por una de asombro un tanto confuso.

–Pero si lo encontramos aquí ¿No es evidente de qué murió? –dijo Héctor con tono irónico.

–No me venga con eso –replicó la funcionaria– tiene que decirme una causa de muerte, porque sino yo no puedo seguir llenando la ficha y ahí usted no puede sacar el cuerpo.

–Bueno. Por herida de bala será –respondió Héctor sin escándalo.

–¿Fecha de muerte?

Héctor no estaba seguro. Había calculado más o menos una fecha de la muerte, cuando venían en el auto con Joan. A partir de la última llamada telefónica que ella había recibido en la casa, se sabía con certeza que hasta el día 13 Víctor estaba vivo en el Estadio Chile. Y el domingo 16 de septiembre, cuando fue encontrado su cuerpo en la Morgue,

tenía el aspecto de llevar muerto varios días. Héctor hizo un cálculo y eligió la data, su muerte tuvo que haber sido entre esa fecha.

–Murió, lo mataron, no sé como llamarlo, el viernes 14 de septiembre 1973 –  
respondió finalmente.

–¿Hora? –siguió la funcionaria.

–¿La hora en que lo encontraron muerto? –preguntó Héctor.

Otra encrucijada, en esta no había pensado.

–Cinco de la mañana – respondió Héctor.

No tenía idea de cual podría ser la hora. Inventar fue lo único que se le ocurrió. Se le vino a la mente un poema que hablaba de un hombre que moría a las cinco de la tarde. Un torero español corneado en la plaza del pueblo ante la multitud por el energético toro. El autor era Federico García Lorca, otro fusilado víctima del fascismo. A Héctor le pareció más que oportuna la referencia. Pero pensó que los fusilamientos de este estilo han sido históricamente en la madrugada, cuando nadie se da cuenta, en el cobijo cobarde y oculto del miedo civil a la oscuridad. Decidió hacer una mezcla entre las cinco de la tarde y las cinco de la mañana.

Los funcionarios siguieron llenando los datos que correspondían a esa parte del trámite. Luego estamparon un par de timbres y el documento estaba hecho.

–Ya, aquí tiene el certificado de defunción y la autorización de la Morgue, ahora tiene que ir a que le den la autorización del Cementerio para que puedan trasladar el cuerpo del occiso desde el Servio Médico Legal y lo puedan enterrar ¿Me comprende? Para eso tiene que comprar una urna. Eso lo puede hacer por aquí, afuera hay varios locales que venden. No sé si estarán abiertos hoy, como es feriado, pero puede ir a preguntar.

–Okey, muchísimas gracias.

Héctor sacó a Joan de su ensimismamiento. El trámite requería un documento para comprobar su relación con Víctor, lo que significaba traer su certificado de matrimonio. Le explicó también que debían comprar un ataúd, lo cual no era barato.

La funcionaria los guió a otra salida del edificio. Les indicó los negocios del sector para preguntar por urnas y la entrada del Cementerio General, cuya autorización tendrían que conseguir luego. Héctor divisó la enorme cúpula de la fachada. Estaba muy cerca y sabía que no sería necesaria una carroza para transportar el cuerpo, ese era un servicio demasiado caro. Joan se dio cuenta de que no traía suficiente dinero, tendría que ir a buscar la chequera a su casa, pero tampoco tenía como para pagarlo todo. De alguna manera se las debía ingeniar para cubrir los gastos. Quedaron en que Joan tendría que contactar a algún amigo que la ayudara, aún cuando de la mayoría no se sabía nada.

Se dirigieron al Cementerio en busca de la autorización. Al lado de la entrada estaba la administración. En ese momento atendía una joven muy bien vestida, parecía tan joven como Héctor. Mientras tanto, Joan se quedó en el auto, aceptó el ofrecimiento de su



compañero de encargarse él de todos los trámites. Héctor se acercó y la chica salió algo nerviosa de la oficina. Todo estaba muy silencioso. Las piedras de las paredes parecían mantener todos los ruidos de la ciudad fuera del lugar. Era pasado el mediodía, el aire estaba cálido y había árboles que daban sombra, en un claro contraste con el ambiente de donde venían. El lugar parecía fuera de peligro, neutro, a pesar de los militares que pasaron frente a la entrada. Ellos no entraban, por superstición tal vez o quizá por órdenes superiores. Héctor lo ignoraba, pero sabía que no estaban lejos.

Como de costumbre, le entregó a la chica su credencial plastificada y se presentó como funcionario del Servicio Nacional de Registro Civil e Identificación. Su pase de entrada a todas partes.

–Mire, yo soy funcionario y tengo aquí la autorización de la Morgue para traer un cuerpo, porque nos dieron el certificado y el pase de sepultación.

–¿Es un familiar suyo?- pregunta la chica.

–No, es un amigo, pero su esposa está esperando en el auto, muy choqueada.

–Se supone que no trabajamos hoy, aunque no ha llegado mucha gente en estos días.

Sólo hay un funeral hoy, para un milico, un general parece que es...

–¿Pero no se puede hacer nada, señorita? Si tengo la autorización de la morgue y todo.

La chica recibió los documentos y comenzó a leerlos. Héctor la miró fijamente, mientras sus ojos pasaban por el papel, esperaba encontrar en ella una expresión que le diera esperanza de poder concretar el procedimiento y que toda la odisea no fuera en vano.

La chica se tomó su tiempo para leer. Héctor atento a su rostro vio cómo sus cejas se levantaron de impresión. En seguida ella lo miró de vuelta, pero ninguno pronunció palabra. La chica levantó el papel e hizo el gesto de tocar una guitarra de aire con las manos. Héctor se quedó mirándola y puso expresión de interrogación. Luego comprendió y en silencio, repitió el mismo gesto delante de ella, asintiendo con la cabeza mientras rasgueaba su propia guitarra de aire.

## **Romería de agravio**

**(Martes, 18 de septiembre en la tarde)**

Joan volvió a cruzar Santiago en auto, Héctor iba a su lado. El día se le hacía interminable y aún quedaba la mitad de la miserable jornada. Al llegar a la casa se encontró con sus hijas, pero no quiso hablarles. La Morgue no era un lugar para infantes y no quería que supieran todavía que su padre había muerto. Mucha gente la había llamado por teléfono, varios colegas y alumnos querían saber cómo estaban ella y Víctor. Uno de ellos insistió y llamó de nuevo, uno que se catalogaba a sí mismo de “momio”, por extraña coincidencia su nombre también era Héctor, Héctor Ibaceta, bailarín del taller de Joan. Hablaron un rato en privado, Joan se encerró en la pieza, le contó lo que había pasado esa mañana, la visita del joven funcionario, la morgue, el cuerpo de Víctor. Su amigo estaba impresionado, se ofreció para pagar por los gastos e insistió en acompañarla a terminar los trámites para sacar el cuerpo. Joan le dijo que lo pasaría a buscar de inmediato.

Con el certificado de matrimonio y los otros documentos en la mano, emprendieron rumbo hacia el centro de Santiago. Pasaron a buscar al otro Héctor a la esquina de calle Agustinas con Enrique Mac-Iver. El bailarín estaba esperando en la esquina. Subió al asiento trasero de la renoleta. Joan los presentó, ambos Héctor no emitieron muchos comentarios acerca de su coincidencia de nombres. Partieron nuevamente rumbo al Servio Médico Legal, y como la vez anterior le explicaron al recién llegado el panorama con que se encontraría en la morgue; las mismas instrucciones y advertencias que Joan crudamente asimiló.

–¿Usted ha visto alguna vez un muerto o le ha tocado enterrar a alguien? – preguntó

Héctor.

–Sí – le dijo Ibaceta.

–¿Es lo suficientemente fuerte como para aguantar lo que le expliqué?

–Sí, no hay problema – le respondió algo intranquilo.

–Bueno, le advierto porque vamos a entrar al mismo infierno- sentenció Héctor.

Al llegar a la Morgue, Joan ya no pronunciaba palabras, estaba muy mal, seguía pálida como la muerte. No quería entrar, ni volver a pasar entre todos esos cadáveres cuyo hedor frío la consumió completamente. Acordaron que ella se quedaría en el auto, entraría sólo cuando fuese necesario y les entregó sus papeles para que ellos continuaran con los trámites administrativos.

Eran pasadas las tres de la tarde, una vez más Héctor Herrera Olgúin, funcionario del Registro Civil, entró a la Morgue por la puerta del costado, lugar de ingreso de los enviados en servicio especial. Esta vez Héctor Ibaceta iba a su lado, y no detuvo nunca el paso detrás de Héctor cuando pasaron juntos al estacionamiento. Pero de a poco su paso se lo aminoró. Sus piernas y todo su cuerpo comenzaron a desvanecerse entre todos estos cadáveres. Al percatarse Héctor lo sujeta.

–¡Usted me dijo que era fuerte! – le dijo Héctor.

Hizo que se pusiera de pie y juntos fueron hasta el lugar de la Morgue donde debían ir a buscar el cajón. Rápidamente, sin que nadie se diera cuenta de su expresión de espanto,

se sentaron para que Ibaceta se calmara, mientras Héctor fue a hablar con los otros funcionarios. Ibaceta recuperó el aliento, pero no tuvo tiempo de descansar mucho cuando ya era tiempo de pagar. Sólo se dijeron lo necesario entre ellos, no se conocían, tampoco tenían mucho de qué hablar. Héctor observó cómo la firma que coincidía con su nombre quedaba impresa en el recibo. Entre los dos llevaron el cajón al lugar donde estaba el cuerpo de Víctor, en medio de un pasillo en el segundo piso del edificio.

El ataúd era pesado, pero como estaba vacío, entre los dos pudieron levantarlo perfectamente. Mientras lo cargaban por la escalera hacia el pasillo, Héctor se dio cuenta que el ataúd se caía del otro lado, Ibaceta estaba por desmayarse de nuevo. Héctor decidió dejar el cajón al lado de la escalera, como si fuera un mueble más del recinto mortuario, y a Ibaceta apoyado en la pared como un solitario y decaído cuerpo más, frente a una hilera de cadáveres. Rápidamente subió a cerciorarse de que el cuerpo estuviera en su lugar. Cruzó el pasillo por donde la vez anterior lo llevó su colega, pero esta vez no divisó el cadáver. Nuevamente se había perdido. Héctor dio dos vueltas por el pasillo, mirando una a una las caras de las personas que tenía en frente. Más que desesperación estaba colmado de impaciencia de que siguiera desapareciendo.

Héctor volvió donde el funcionario que le vendió la urna y le preguntó, sin perder su aliento ni causar sospecha, por la hilera de cuerpos del segundo piso de aquella mañana. El hombre, quién ya sabía que era el cuerpo de Víctor Jara por los papeles que tenían, se levantó y llevó a Héctor a la sala de operaciones, donde se suponía le efectuarían la autopsia.

–Todavía no terminan de hacerle la autopsia –dijo el funcionario.

–Pero, ya hice los trámites con su colega en la administración y como funcionario del Servicio del Registro Civil me dieron la autorización para llevarme el cuerpo del occiso –le replicó Héctor.

Probablemente, si algún mando militar se hubiese enterado que el cuerpo de Víctor era examinado, habría desaparecido completamente. El empleado no alegó y los dos Héctor le siguieron el paso llevando el ataúd cada uno en una mano. Abrió una puerta y encendió luces de neón que se iluminaron intermitentes, entraron a una sala sin ventanas, con sucios azulejos blancos.

–Ahí está el cuerpo – informó fríamente el funcionario.

Víctor yacía solo, completamente desnudo, sobre un mesón. Su ropa estaba a sus pies. Dejaron el ataúd al lado del mesón y los tres hombres se quedaron contemplándolo en silencio unos segundos. Las heridas parecían más evidentes en ese cuerpo desprovisto de vestimenta. Una imagen muy fuerte que no duró mucho, porque Héctor pidió que lo ayudasen a introducir a Víctor en la urna. Entre los tres lo tomaron con cuidado y lo acomodaron. Luego le pidió a Ibaceta que sacara el poncho de Joan que él llevaba, Héctor lo tomó y lo cubrió con él. Acomodó su ropa en los pies. Pusieron la mortaja y cerraron el ataúd, que emitió un áspero eco al cerrarse.

–¿Tiene un lugar privado donde podamos dejar este ataúd durante un rato? – preguntó Héctor al hombre.

–¿Cuánto rato?

–Tengo que ir a buscar el transporte para llevarnos el ataúd. No creo que sea mucho.

–Si, acá al lado hay –respondió el funcionario.

Entre los tres tomaron el ataúd y el empleado los llevó a otra sala. Era parecida a aquella donde estaban, pero no era utilizada y carecía de luz. Héctor reclamó que no podían dejar el cuerpo en la oscuridad. El funcionario ya había previsto la situación y buscó en la sala unas ampolletas, prendió cuatro en toda la sala, pero aún así quedaba muy oscura. Las bombillas, de muy bajo voltaje, no evidenciaban más de 40 watts por cada una. La iluminación le dio a la sala un aspecto aún más lúgubre a la tétrica y sombría carga que tenía aquel lugar.

Ibaceta fue a buscar a Joan, y la llevó a su velorio privado en aquella horrible habitación. Después de mucho rato, el amigo de Joan logró hablar con ella y la consoló. Aquella improvisada capilla servía para que ella hiciera su duelo tranquila. Ibaceta la besó en la mejilla, salió y cerró la puerta. Héctor estaba afuera, esperándolo para dirigirse al Cementerio.

A pocos metros del Servicio Médico Legal se encontraba el Cementerio General de Santiago. Ambos Héctor hicieron el trayecto por avenida La Paz a pie. Estaban muy cerca de sacar el cuerpo de Víctor. En el trayecto, Héctor le contó a Ibaceta que la secretaria del Cementerio se había portado de maravilla con él. Al enterarse de que era Víctor el que querían enterrar, la chica accedió a prestar toda la ayuda que pudiera. No sólo le reservó un

nicho, sino que les prestaría un carrito para que no tuvieran que pagar por una carroza u otro tipo de transporte. Estaba completamente prohibido sacar los carritos del cementerio, pero siendo una ocasión especial, un trabajador iría con ellos para acompañarlos hasta la morgue para ayudarlos a cargar el féretro.

Cuando llegaron, vieron a un grupo de trabajadores del cementerio. Todos juntos en grupo, estaban afuera de la oficina de la secretaria que atendió a Héctor. La chica apareció al verlos ingresar. Se saludaron y Héctor le presentó al otro Héctor. Le explicó que él pagaría por el nicho. La chica lo hizo pasar a una oficina donde tendría que llenar unos papeles y entregar el dinero. Mientras, los trabajadores siguieron observando a Héctor, así que este los saludó también.

–¿Uno de ustedes me va a acompañar a la Morgue? –preguntó Héctor.

Los hombres asintieron y comenzaron a darle palmadas en la espalda a uno de ellos. No era el más viejo del grupo, pero tampoco aparentaba ser el más fuerte. Al parecer fue elegido entre sus compañeros para ir a buscar a Víctor Jara. Héctor se quedó con ellos un momento, hasta que Ibaceta salió de la oficina con los papeles en la mano. Los trabajadores le desearon suerte a su compañero que llevaba con nobleza un simple carrito entre las manos. Las ruedas sonaban ásperas contra el pavimento, mientras los tres volvieron a la Morgue a pie.

Cuando volvieron, la entrada estaba llena de gente y se encontraron evadiendo a la multitud con el carrito. Al salir no se habían dado cuenta de la cantidad de personas que se



había reunido fuera de la Morgue. Lograron ingresar por la puerta principal, mostrando los documentos que llevaban con la autorización del Servicio Médico Legal y del Cementerio, además, por supuesto, de la credencial de funcionario de Héctor. Llegaron hasta la oscura sala donde se encontraba Joan, tocaron la puerta y la encontraron junto al ataúd abierto. Los tres hombres entraron con cautela y la acompañaron contemplando el cuerpo en silencio.

Tuvieron que subir el ataúd a cuestas por las escaleras entre los cuatro, se encontraban en ese momento en el sótano. Luego lo pusieron en el carrito y lo llevaron hasta la entrada principal. Cuando se abrió la puerta y por fin salieron a la luz del día, cientos de personas se quedaron mirando extrañadas. No se veían muchos ataúdes salir del edificio. Todos estaban en la puerta viendo la lista de difuntos publicada por el Servicio Médico Legal y el Registro Civil. La gente tuvo que apartarse para dejarlos pasar. Ante el flujo de miradas, emprendieron la caminata hacia el Cementerio por Avenida La Paz.

Caminaron en una pequeña procesión silenciosa, no se escuchaba más que el rechinar de las ruedas del carro. Cruzaron el umbral del cementerio y pasaron entre sus calles vacías. Se toparon con un funeral aparentemente militar, algunos de los asistentes vestían uniforme. Héctor los observó con cierta sensación de rencor, la cantidad de flores que decoraba esa tumba era enorme y ellos no llevaban ninguna. “¿Para qué tantas muertes, para qué?”, pensó. Siguieron su camino, hasta el final del recinto. El funcionario del cementerio los llevó por la parte del cementerio donde las lápidas formaban laberintos fúnebres llenos de tumbas en las paredes. En medio de una de las paredes del fondo había un espacio vacío, se detuvieron e hicieron un descanso.

Con la última gota de esfuerzo, entre todos lo levantaron. Con sus propias manos introdujeron el ataúd en el espacio que encajaba justo en una de las corridas superiores de la pared. Héctor empujó el ataúd con sus delgadas manos, hacia adentro en un gesto de despedida. El hombre del cementerio selló el espacio y sacó una pequeña corona de flores que guardaba y la colocó en el nicho. Todos en silencio. No eran más que cuatro personas en aquel humilde funeral clandestino. En aquel lugar donde los muertos descansan, Héctor se quebró, pero su llanto cesó ante las palabras de Joan.

–No hay que recordar este minuto de Víctor. Sino el minuto en que Víctor cantó, su canto que se oyó en tantas partes.

La tarea al fin se había completado. Antes que terminara la tarde, estaban de vuelta en sus casas. Joan los fue a dejar a todos en auto. Antes de despedirse Héctor le pidió a Joan que si tenía que contar lo que acaban de vivir, mantuviera su identidad en completo anonimato. No quería tener problemas con los militares y por su seguridad era mejor que fuera un secreto. Se cercioró que en ninguno de los papeles que tan afanosamente ayudó a tramitar apareciera su nombre. Todas las firmas se estamparon del puño de Héctor Ibaceta y de Joan, él quería ser tan sólo un fantasma en esta historia.

## LA COGIDA Y LA MUERTE

Federico García-Lorca

A las cinco de la tarde.

Eran las cinco en punto de la tarde.

Un niño trajo la blanca sábana  
a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida  
a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte  
a las cinco de la tarde.

El viento se llevó los algodones  
a las cinco de la tarde.

Y el óxido sembró cristal y níquel  
a las cinco de la tarde.

Ya luchan la paloma y el leopardo  
a las cinco de la tarde.

Y un muslo con un asta desolada  
a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón  
a las cinco de la tarde.

Las campanas de arsénico y el humo  
a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio  
a las cinco de la tarde.

¡Y el toro, sólo corazón arriba!  
a las cinco de la tarde.

Cuando el sudor de nieve fue llegando  
a las cinco de la tarde,

cuando la plaza se cubrió de yodo  
a las cinco de la tarde,

la muerte puso huevos en la herida  
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.  
A las cinco en punto de la tarde.

Un ataúd con ruedas es la cama  
a las cinco de la tarde.

Huesos y flautas suenan en su oído  
a las cinco de la tarde.

El toro ya mugía por su frente  
a las cinco de la tarde.

El cuarto se irisaba de agonía  
a las cinco de la tarde.

A lo lejos ya viene la gangrena  
a las cinco de la tarde.

Trompa de lirio por las verdes ingles  
a las cinco de la tarde.

Las heridas quemaban como soles  
a las cinco de la tarde,

y el gentío rompía las ventanas  
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

¡Ay qué terribles cinco de la tarde!  
¡Eran las cinco en todos los relojes!  
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> GARCÍA LORCA, Federico "Obras completas", Aguilar. México, D.F. 1991.

## **Epílogo**

**“Vamos por ancho camino”**

Hasta el 2008 el “caso Víctor Jara” estaba estancado y hasta ese momento sólo había un procesado: el comandante retirado Mario César Manríquez Bravo, jefe del campo de prisioneros instalado en el Estadio Chile después del golpe de Estado. A fines de aquel año, en las pizarras del Palacio de Tribunales podía leerse: “Se cierra caso Víctor Jara”. Juan Eduardo Fuentes Belmar, el juez a cargo, era escéptico ante la posibilidad de recaudar nueva información para dilucidar el caso. "Se decretaron diversas diligencias y finalmente he estimado que ya está agotada la investigación y prueba de ello es que he decretado el cierre de ésta", dijo el magistrado a la prensa, pero apenas fue publicada dicha sentencia, la familia Jara alegó que la resolución del proceso permanecía inconclusa y que aún quedaban más evidencias por recaudar.

Durante los días siguientes, el abogado Nelson Caucoto, brillaba en los medios de comunicación como la figura visible, representante de la de la familia Jara. De sus clientes, sin embargo, estaba muy alejado. Aún así el caso no se cerró y Joan por su parte, hizo un llamado público a las personas detenidas en el Estadio Chile los primeros días del golpe, para que brindaran más y nueva información al caso. También reunieron firmas, se abrieron campañas en redes sociales en Internet y en general se desplegó un pequeño escándalo mediático para tener el apoyo de la opinión pública. Finalmente el Caucoto logró, con más de noventa nuevas diligencias, que se reabriera el caso.

Hubo un enorme avance en la investigación a lo largo del año 2009, gracias al equipo reunido en la Brigada de Derechos Humanos de la Policía de Investigaciones (PDI). Con extensas entrevistas a más y nuevos involucrados en el caso, se logró individualizar a los responsables en la muerte de Víctor Jara y de muchos otros casos de violaciones a los

derechos humanos. También se adquirieron más detalles del *modus operandi* en aquel campo de concentración. Una de las confesiones más llena de detalles la brindó José Alfonso Paredes Márquez, un ex conscripto que en aquella época tenía tan sólo 18 años. Declaró estar acompañado por otro soldado llamado Francisco Quiroz Quiroz, bajo las órdenes de los tenientes Nelson Haase y Pedro Barrientos, estos también acompañados por un subteniente de quién ignoraba el nombre, todos eran hombres provenientes del regimiento de Tejas Verdes.

Paredes dijo estar presente al momento en que Víctor Jara, y a otros quince detenidos fueron llevados al camarín donde él hacía guardia. Todos fueron lanzados contra la pared, mientras el “desconocido” subteniente separaba a Víctor y jugaba a la “ruleta rusa” con su cabeza. Un certero proyectil le impactó en la sien. La orden siguiente fue que Paredes y sus compañeros descargaran ráfagas de fusil en todos los detenidos y en el cuerpo convulsionado que yacía en el suelo.

El abogado de derechos humanos e investigador de la causa, Cristián Cruz, señaló que los peritajes científicos realizados al cuerpo de Víctor, no coincidían completamente con el testimonio de los conscriptos. La exhumación realizada por el equipo de antropología en Derechos Humanos del Servicio Médico Legal desde el 3 de junio hasta finales del 2009, determinó que el impacto de bala que mató a Víctor Jara tenía una trayectoria de abajo hacía arriba, partiendo desde la nuca. Esto no coincidía con la declaración de Paredes sobre el disparo en la sien.

Para Cristian Cruz, todos estos detalles son de suma importancia, ya que el caso Víctor Jara se nutre de testimonios que ayudan a reconstruir la escena, para determinar quiénes fueron los responsables. “Una pistola de mano por ejemplo no la porta cualquiera, sólo oficiales”, aclaró Cruz, “lo cual brindaría muchas más pruebas”. Por su parte, los soldados de menor rango portan armas de mayor calibre como metralletas. Por ende los agujeros de bala y sus trayectorias, sirven para disponer a las personas geográficamente en la escena del crimen, estableciendo quién y cómo portaba las armas. Víctor presenta un tiro de bala en la cabeza que no explotó como las otras y fue el que lo mató. Esto indicaría que Víctor Jara no estaba sentado, sino que en el piso boca abajo y no contra la pared como dijo Paredes. Lo absolutamente claro fue el ensañamiento con la ráfaga de fusil que fue seguramente una orden expresa del oficial hacia los soldados para rematarlo.

A pesar de las nuevas declaraciones, aún no existen pruebas que inculpen definitivamente a un sujeto. Se ha creado un mito entorno a que fue un oficial apodado el “Príncipe” quién asesinó a Víctor, pero aún no está comprobado del todo. El apodo nace a causa de su arreglada y frívola apariencia marcial, y según esta descripción, habría sido él quién se ensañó duramente con Víctor al descubrirlo en el recinto deportivo. A pesar de que muchos testigos apuntan a un hombre, la identidad del “Príncipe” sigue puesta en duda, a causa de la discordancia de algunos discursos que cambian con el paso del tiempo.

En la edición del 26 de mayo al 1 de junio de 2006, el diario El Siglo publicó un reportaje intitulado “La historia de Edwin Dimter uno de los conjurados en el tanquetazo de junio de 1973 y actual funcionario del ministerio del Trabajo”. Fue la periodista Pascale Bonnefoy, quién mediante una extensa investigación, lograría individualizar y confirmar

que la identidad del “Príncipe” corresponde a la de Edwin Dimter. Con más de veinticinco entrevistas a testigos, entre ellos ex soldados y numerosos detenidos políticos del Estadio Chile, hubo incluso reconocimiento facial expreso por parte de los testigos que a pesar del envejecido rostro afirmaban ver al vistoso y agresivo oficial veinteañero.

Dimter se querelló contra la periodista y contra el director del diario. El juicio tuvo lugar en noviembre del 2009, y la resolución, a principio de este año, absolvió a la periodista. Sin embargo Dimter, quién a su vez ha declarado varias veces por el caso Víctor Jara, y a pesar de las numerosas pruebas recaudadas en su contra, sigue impune ante la justicia.

En lo que sí coinciden todos los testigos, fue que a Víctor lo interrogaron dos veces. La primera, fue torturado y habría recibido fuertes golpes en el estómago y las manos. En la segunda, salió tan malherido que sus compañeros de la UTE le cambiaron la chaqueta para arrojárselo y camuflarlo, e intentaron cambiar su aspecto cortando su cabello con un cortaúñas.

El cuerpo de Víctor fue visto por última vez en el Estadio, en uno de los oscuros pasillos junto a otros cuerpos, mientras hacían el traslado de detenidos hasta el Estadio Nacional. El cadáver fue encontrado luego, junto a otros seis en las afueras del Cementerio Metropolitano, cerca de la vía férrea. Funcionarios de la Primera Comisaría de Renca vestidos de civil, se los llevaron en una furgoneta y los trasladaron como NN hasta el Servicio Médico Legal. Sin embargo, lugareños de la población lograron reconocer a Víctor entre los cuerpos abandonados. Una de ellos, de hecho, lo conocía personalmente y le había



invitado un plato de porotos una vez que visitaba la población. A causa del miedo los vecinos no lograron hacer nada antes que la furgoneta llegara a llevarse los cuerpos.

En todo este trayecto, cabe hacerse la pregunta de cómo es posible que el cuerpo de Víctor no haya desaparecido desde un primer momento. Claramente no había una orden central que dictara qué hacer con tantas muertes. Los mismos militares le quitaron la vida, lo arrojaron a las afueras del Cementerio Metropolitano y luego recogieron su cuerpo destrozado y lo fueron a dejar a la Morgue de Santiago. Según las suposiciones de Alejandra Didier, la perito del Servicio Médico Legal que exhumó el cuerpo el 2009, “en un primer momento se siguió el curso *normal* de una muerte violenta, pero llegó un minuto en que se dieron cuenta de que los estaban matando en forma ilegal y no podían seguir con la misma estrategia”.

Héctor Herrera y muchas personas más fueron testigos de este proceso. Como Chile es un país legalista y burocrático, los militares seguramente no supieron o no se atrevieron a desarticular el engranaje administrativo establecido en aquella época. “Se dieron cuenta de lo delicada que era en términos simbólicos y legales que la familia tuviera acceso a los cuerpos que los militares habían destrozados a balazos”, dice Alejandra Didier.

Aún en una Morgue colapsada con no más de diez camillas, y en medio de todo ese desorden, a Víctor se le hizo una somera autopsia el año 1973 que determinó la cantidad de impactos, orificios de entrada y salida en su cuerpo:

Según el informe Rettig: “Conforme expresa el informe de autopsia, Víctor Jara murió a consecuencia de heridas múltiples de bala, las que suman 44 orificios de entrada de proyectil con 32 de salida”.

“La Comisión se formó la convicción de que el afectado fue ejecutado al margen de todo proceso, constituyendo ello una violación a sus derechos fundamentales de responsabilidad de agentes del Estado. Funda esa convicción en que se encuentra acreditado el arresto así como su presencia en el Estadio Chile; que se halla acreditada su muerte por una gran cantidad de heridas de bala, lo que demuestra que fue ejecutado junto a los demás detenidos cuyos cuerpos aparecieron junto a los de él”<sup>10</sup>.

“No es lo mismo determinar los impactos de bala que recibe el cuerpo completo, que aquellos traumas que reciba a nivel esquelético por acción de proyectiles”, aclara la perito Alejandra Didier. En la nueva autopsia, realizada el 2009, los datos cambiaron. Esta vez, el análisis antropológico constató que tenía 56 traumas, tres de los cuales eran por golpes en la cara y las costillas, el resto era por impactos de proyectil en el cráneo, extremidades superiores, inferiores y en el tórax. Pero el número de impactos inferidos al cuerpo de Víctor, resultaron ser 36, no los 44 que en la autopsia anterior, pero no por eso menos macabro.

El equipo del Servicio Médico Legal tuvo que seguir el proceso estándar de cualquier exhumación. “Víctor es una víctima más. No por ser él tiene ningún trato

---

<sup>10</sup> Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, “Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig)”, Santiago de Chile. La Nación, 1991. Tomo 1, P.153.

especial”, dice Alejandra Didier. En este caso para comprobar la identidad tomaron muestras de AND de la hija y de Joan, y se comparó con un examen de paternidad a la inversa. La siguiente forma de identificación era la dentadura: “Había una concordancia absoluta con su sonrisa de las fotos en vida, y lo que habíamos recuperado nosotros, porque él tenía una salud dental envidiable. Antropológicamente tenía inserciones musculares súper marcadas en la cara y en las manos, lo que da luces de una persona que trabajaba mucho con las manos y ejercitando los músculos de la cara: era cantante que tocaba guitarra, era como obvio”.

Cuando terminaron de guardar sus huesos en una pequeña caja, hicieron los trámites para que el cuerpo fuera de nuevo trasladado a su lugar mortuario. Alejandra, como la encargada del peritaje, fue quién lo traslado hasta el Cementerio General. Lo llevó en su auto. “Lo bajé yo” recuerda, “en una actitud de mucho apego y es increíble la generosidad de esas tres mujeres, o sea era el marido y era el papá, y la que lo llevó en el auto fui yo”. El notable argumento que Joan y sus hijas le respondieron ante tan singular estima fue que “estuve cuidándolo durante cuatro meses, no pueden pretender que se lo quitemos de un día para otro”.

Cuidar a Víctor fue una experiencia emocionante para Alejandra, quién junto al equipo, estuvo durante todo el periodo de exhumación escuchando la música del cantautor. En la casa, en el auto, en todas partes y todo el tiempo. Era parte de un proceso que rindió frutos espiritualmente y profesionalmente. “El Servicio Médico Legal siempre fue el malo de la película, siempre lo ha sido. Entonces que una familia tan emblemática en la lucha contra las violaciones a los derechos humanos y en torno un personaje tan figurativo para

nuestra historia, haya confiado – aunque en algún minuto me dijeron no tenían otra opción – pero hayan aceptado el trabajo de nuestro equipo, fue un *input* de energía súper grande para nosotros, sentimos que se estaban restableciendo las confianzas y que estábamos empezando una nueva etapa”.

Sobre el famoso mito de las manos de Víctor Jara, el análisis determinó que esta parte de la historia es eso, un mito. Las manos no desaparecieron, y su estructura ósea ni siquiera estaba fracturada. “A lo mejor le cortaron los tendones. Es muy probable que en la tortura le hayan afectado las manos, pero la tortura no necesariamente deja huellas a nivel esquelético. Entonces seguramente él tenía las manos hinchadas, pero no por fracturas”, aclara Alejandra Didier.

Héctor Herrera también sabía que el mito era falso, sin la clara estructura de las diez yemas de sus dedos, su cuerpo jamás hubiese sido identificado. El mito seguramente responde a un símbolo de silenciamiento, que se propaló a nivel popular durante años. La mitología popular es muy poderosa y responde a un sentimiento que plantea que ante cualquier tipo de censura, Víctor Jara no calla.

“Efectivamente al estar en Chile, y luego afuera, cuando yo leí las versiones que le habían cortado las manos, no podía dejar de olvidar esas manos que yo vi. O sea que aquí hay una equivocación, decía yo. No es posible, no habríamos podido nosotros identificarlo”. Sin sus huellas, verificar la identidad era imposible, sin embargo Héctor nunca desmintió aquel mito, porque tampoco nunca reveló la historia de cómo el cuerpo de Víctor Jara logró ser enterrado. No fue hasta fines de los setenta, que Héctor se vio obligado

a contar la historia a causa de la indiscreción de un amigo cercano. Entre un grupo de intelectuales de todas partes del mundo, en pleno invierno alemán en 1979, Héctor reveló por primera vez su secreto. Tuvo que esperar que se le pasara la rabia de ser considerado un sudamericano de exhibición y a que la mitad de los asistentes se retiraran para hacerlo. Accedió a registrarlo todo en un magnetófono, bajo los términos que el material se le haría llegar a Joan Turner, para su investigación personal sobre la muerte de Víctor.

Luego de eso, Héctor volvió a contar la historia personas más cercanas, pero siempre con mucha discreción. El relato se esparció como un rumor entre los familiares y amigos que incluso sin ver a Héctor en años o siquiera conocerlo, sabían de su hazaña. Logró que su nombre permaneciera desconocido para el mundo, y pasar como una persona que nunca tuvo relación oficial con Víctor Jara. Salió de Chile en calidad de perseguido político a fines de los setenta, a causa de su relación con el Partido Comunista y como funcionario del gobierno de Allende, pero nunca se le vinculó al cantautor. Hasta que una llamada telefónica el año 2009 le pidió ayuda. Joan Turner, quién siempre se esforzó por mantener el contacto con Héctor, personalmente le pidió que declarara ante el juez Fuentes Belmar, quién se proponía a toda costa cerrar el caso. Héctor quién se radicó en Francia, pero que en ese momento se encontraba en Chile, accedió revelar su nombre y su testimonio oficialmente ante el juez y su actuario.

La brigada de Derechos Humanos de la PDI, se contactó con él y le consiguieron una audiencia que duró cerca de tres horas la primera jornada, tuvieron que seguir al otro día porque no alcanzaron a terminar. Héctor dijo todo lo que recordaba, con lujo de detalles. Describió todo, hasta el color de piel de las personas que vio muertas. Se abrió una

investigación paralela, por esas cerca de cincuenta personas extranjeras, aquellas que estaban diferenciados por haber sido rapadas. “De eso fue una cosa que yo te digo, me siento orgulloso, al menos por esos jóvenes que se sepa algún día quienes eran, qué pasó con ellos”.

La declaración de Héctor impresionó al juez, “yo era el único testigo imparcial en esta historia, no tenía nada que ver con el muerto, no era militar, yo era un simple funcionario público enviado a trabajar allá”. Y su recuerdo de la historia se mantuvo fresco “por el simple hecho de que era 18 de septiembre y es una fecha que nos marca a los chilenos”, cuenta Héctor, y gracias a eso los tiempos y las datas no eran tan difíciles de recordar.

Después de 36 años, por primera vez en mayo del 2009, apareció públicamente el nombre de Héctor Herrera Olgún en el caso Víctor Jara. Su declaración fue importante ya que pudo atar muchísimos cabos sueltos en el caso, pero no contribuyó para efectos legales en la investigación de quiénes fueron los autores materiales del asesinato. Lo claro es que sin él, el cuerpo de Víctor probablemente se habría perdido en el caos de la Morgue. Quizás cuántos fueron los cuerpos que resultó imposible encontrar, ya que pocos días después del 18 de septiembre del 73 se declaró tétanos en la Morgue y muchos cadáveres tuvieron que ser evacuados e incinerados.

Héctor y Joan se han reencontrado varias veces a lo largo de los años. Héctor se radicó en Francia, pero visita Chile todos los veranos. Joan, en diversas oportunidades, ha sido comensal en su restaurant “El Rinconcito” en la ciudad de Nîmes. En este lugar,

Héctor inició su homenaje personal al cantautor, creando su propio grupo cultural, “Les amies de Víctor Jara” (los amigos de Víctor Jara). Todos los años este grupo de hispanoparlantes hacen actividades culturales y culinarias para reunir dinero y llevar cada mes de febrero un aporte monetario a la fundación chilena. “Febrero es el peor mes, Héctor siempre llega a salvarnos”, confiesa Joan quién hasta hoy dirige la Fundación Víctor Jara.

“La colaboración de Héctor en la Fundación Víctor Jara, ha sido continua. Esa es una gran característica de Héctor, de dar desinteresadamente, y esperar que los resultados le lleguen a gente que tal vez nunca va a conocer”, así lo describe su hermano Ricardo Herrera. “Dentro de los viajes que él ha hecho por Chile, sí ha conocido gente que ha recibido beneficios de la fundación. Cuando fue a Tirúa allá en el alto Bío-Bío, conoció al alcalde que era comunista, y él le comentó que recibió apoyo de la Fundación Víctor Jara para un colegio y después me dijo Héctor: *Cuando veo un cabro chico que está moqueando, que sé que en el invierno tiene un poco de abrigo, porque hicieron una actividad allá, es satisfactorio*”, cuenta Ricardo emocionado. Fue este hermano quién para el día del funeral de Víctor, en diciembre del 2009, en representación de Héctor, y junto a Joan y a sus hijas, hicieron guardia oficial al lado del féretro. “Algo muy típico comunista”, dice Ricardo.

Víctor Jara fue velado masivamente, en una demostración potente de que luego de 36 años, la memoria del cantautor sigue viva. Llegó gente de todo el país a despedirlo, gente que incluso no había nacido hasta décadas después de su muerte. Su tercer y último funeral fue precedido por una inmensa y sobrecogedora procesión que lo acompañó durante

cinco horas por las calles de Santiago de Chile. Pero si la romería era multitudinaria, el funeral en el Cementerio General fue privado. Privado y solemne, entre familia y amigos.

“Lo prestamos a Chile durante tantos estos años, pero ahora Víctor vuelve a su familia. Yo quiero estar enterrado con él, la Amanda y la “Manue”. Queremos estar todos juntitos. Se lo llevaron al cosmos a Víctor, pero en el fondo sigue siendo el papi”, comenta Joan.

Los poemas, cartas de amor y demás ofrendas al cantautor se respetaron y permanecen en la antigua tumba roja en la pared del Cementerio, transformada hoy en un verdadero monumento de peregrinación popular. Fue un deseo que Víctor tuvo en vida y por eso la actual tumba está en la tierra, muy cerca de la anterior, tiene más espacio y está decorada con hermosas flores del jardín de su casa.



## **Un cierre personal**

La mayor parte de este trabajo fue basado en entrevistas que la hice a Héctor Herrera Olgún durante el verano del 2010. La principal y más extensa duró toda la tarde del 26 de febrero del 2010, el día precedente al terremoto que sacudió Chile.

La última vez que Héctor contó su historia fue el 2009 ante el juez Fuentes Belmar. En esa oportunidad, después de horas de declaraciones, Héctor tuvo una reacción física violenta a causa de tanta descarga. Después de la audiencia, un ataque de vomito lo llevó al hospital. La atención psicológica que recibió en Francia, con una amiga argentina lo tranquilizó. A pesar de que Héctor había contado la historia muchas veces, era la primera vez que lo hacía con tanto detalle en español. Su cuerpo lo había expulsado todo.

El libro de Joan Turner Jara “Un canto truncado”, fue también una base esencial. Es una expresión completa de la devoción que la mujer tenía por su marido, tanto emocional como artísticamente. La mayor parte del segundo capítulo de este trabajo fue basado en esta obra. Sin embargo en el libro se le dedica sólo una página al episodio de Héctor. Ahora que esa parte historia ya no es confidencial, considero esta memoria como una suerte de complemento a esa página.

La entrevista con Joan fue realizada en el segundo piso de la fundación Víctor Jara en junio del 2010. Fue nutritiva en detalles de cómo la bailarina llegó a conocer a Héctor.

Sin embargo el trauma y el tiempo dejaron en ciertos momentos lagunas mentales en su relato.

Así mismo recurrí a médicos, periodistas y abogados relacionados con el caso Víctor Jara, quienes también aportaron bastante en detalles y cuyo relato se plasma en detalles técnicos a lo largo del relato y más que nada en el epílogo. Para desarrollar la historia acudí a principios de septiembre de 2010 al Servicio Médico Legal de Avenida La Paz, pero mi visita fue más bien corta. La huelga de la Confederación de Funcionarios de la Salud Municipal (Confusam) no me permitió entrar al edificio, sólo quedarme en el estacionamiento. El edificio ya no luce como en aquella época y ha sido remodelado por dentro en variadas ocasiones. Fue difícil para mí describir la Morgue durante los primeros días del golpe de Estado. Los testimonios eran tan crudos que situarse en aquel escenario no fue fácil.

Si bien esta historia no está tan desarrollada como la espléndida crónica “Los Fusileros” de Cristóbal Peña, sí se inspira en ella. Sobre todo en la reconstrucción de diálogos y de escenas, así también como en el lenguaje literario del nuevo periodismo. Fueron relatos como el suyo los que me hicieron interesarme por el periodismo. Hacer profesional, interesante y sobre todo entretenido el hecho de contar una historia.

Considero a Héctor como una persona sumamente sensible, inteligente y humana. Nuestras familias fueron cercanas desde hace décadas, pero el tiempo y las distancias nos han apartado. Mi madre, Lucía de la Fuente, es la que más se esfuerza por seguir manteniendo el contacto. La historia de Héctor, así como tantas otras que tiene, han sido

tema de conversación en varias sobremesas familiares. Fue en una de esas oportunidades que se me ocurrió –o me recomendaron, no recuerdo– que hiciera la memoria sobre su historia. Fue sobre todo la humildad de Héctor al considerar que lo suyo no fue un acto de valentía, lo que me llamó la atención y me impulsó a escribirla. Su relato es de gran aporte a la historia mínima que crea cada familia, así como tantos otros relatos incógnitos de personas comunes y corrientes que componen este país.

## **Agradecimientos**

A mi familia que me apoya siempre incondicionalmente: Javiera Beltrán de la Fuente, Lucía de la Fuente y Rodolfo Beltrán.

A todos quiénes aportaron con valiosa ayuda en esta memoria: Daniel Hermsilla, Gabriela Zúñiga, Rafael Andaur, profesor Gustavo González, Tamara Homel e Hilda López.

A las familias Herrera y de la Fuente.

A la Fundación Víctor Jara, a todos sus miembros y sus seguidores.

A todos los entrevistados y personas que contribuyeron en la realización de esta memoria de título.

Al Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile y su Escuela de Periodismo por su apoyo durante mis estudios.

Al Campus Juan Gómez Millas, por ser mi fuente de inspiración.

## **Dedicatoria**

La redacción final de esta memoria fue realizada durante los meses de agosto y septiembre del 2010, fecha en la que comenzaron las celebraciones de la patria. Personalmente, este fue mi homenaje a septiembre, un mes tan importante para Chile, donde hay momentos para celebrar, pero sobre todo hay momentos para recordar.

Dedico esta memoria a mi abuelo José Antonio Beltrán González, una persona que debe tener muchas historias, pero cuyos recuerdos se han desvanecido.

A Víctor Jara Martínez cuya memoria permanecerá siempre viva en el pueblo chileno.